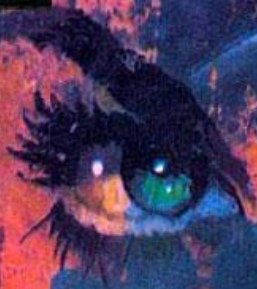


PUNTO

ROJO



5 CHEZ



CLAYE: OJOS VERDES

donald curtis

CLAVE: OJOS VERDES

DONALD CURTIS

**CLAVE:
OJOS VERDES**

**1.^a EDICIÓN
FEBRERO - 1963**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ**

DEPOSITO LEGAL B 27.765 - 1962

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

© DONALD CURTIS - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

724 — Aprieta el gatillo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

595 — Funeral.

En Colección BUFALO:

417 — Duelo de "Colt".

En Colección TEXAS:

205 — El revólver es mi ley.

En Colección CALIFORNIA:

250 — Los que no olvidan.

En Colección COLORADO:

128 — Buitres sobre Tejas.

En Colección KANSAS:

7 — Doctor "Colt".

En Colección ASES DEL OESTE:

198 — Un revólver para ti.

En Colección PUNTO ROJO:

3 — Morbo.

Clave: OJOS VERDES

por DONALD CURTIS



CAPÍTULO PRIMERO

UN MUERTO EN ORIENTE

Estaba seguro de, ello.

El hombre sabía que iba a morir. Ahora intentaba huir a su destino.

No sería tarea sencilla. En cualquier lugar de la ciudad, tras un recodo de las iluminadas calles, bajo los fluorescentes, los parpadeos luminosos anunciando productos y los grandes escaparates de electrodomésticos se agazapaba la Muerte. La Muerte, acechándole. Buscándole, implacable.

Allí, en la gran ciudad que parecía ir contra la milenaria tradición egipcia, con su aire moderno, su luz y su ruido. Podía estar entre el gentío que abandonaba los cinematógrafos de Saad Zaghlul y de Iskandar el Akbar.

Podía estar en cualquier parte de las amplias aceras bajo los carteles que pregonaban las excelencias de las Colas, y los buenos tabacos egipcios. Todo tenía en Alejandría esa mezcla cosmopolita, internacional, que da sello significativo a las ciudades de importancia turística.

Cruzó vertiginosamente frente a las carteleras y luminarias de los cines Strand, Radio y Metro, los dejó atrás, con sus famosos «astros» de la pantalla sonriendo comercialmente al público heterogéneo de la ciudad costera de Egipto.

Se detuvo, sudoroso, frente al Hotel Meropole, en el número 52 de Saad Zaghlul. Pegó la espalda a la pared, sintiendo que la sequedad de ésta casi absorbía la transpiración que empapaba su camisa y su clara americana de hilo.

Un policía egipcio cruzaba ante él, rondando el lujoso edificio del hotel. Parecía tan fácil dirigirse a él, aterrarle una manga, decir que le perseguían, que querían matarle...

Sí, parecía fácil. Pero no lo era. No para él.

Aquel policía no iba a creerle. Otros, tampoco. Y aun cuando le creyeran, ¿qué significaría eso?

Apenas nada. No por eso se libraría de morir. Iría a una celda, porque la Ley egipcia le reclamaba. Y a la celda llegaría de igual modo la Muerte. Sigilosa, subrepticia, inexorable. «Ellos» podían llevar la muerte a donde quisieran. «Ellos» lo habían hecho ya otras veces. Un preso aparecía colgado de una viga, o envenenado por la comida que un buen amigo envió desde el exterior. O en cualquier otra forma...

Apretó los labios, secos y agrietados. Los ojos giraron alocadamente en las órbitas buscando una salida, una escapatoria. Contempló la torre esbelta, puntiaguda, de la Mezquita de Al Kaid Ibrahim, en el triángulo arbolado que daba fondo a la moderna Estación de Ramleh.

Por allí pasaban los tranvías, ruidosos e iluminados. La mayoría de sus ocupantes eran egipcios de amplias túnicas y cabeza cubierta. Su silenciosa severidad le producían casi una sensación de alivio y de protección. Pero también uno de ellos podía ser su asesino. Podía ocultar al verdugo que ejecutara la sentencia.

Tenía que salir de allí. O intentarlo, al menos.

Pero eso le parecía cada vez más lejano, más problemático e inalcanzable. Advirtió que estaba junto a un establecimiento de tabacos. Un empleado egipcio vendía en un extremo del mostrador sellos y servicios postales.

Tuvo una repentina idea. Alocada, inútil tal vez. Pero valía la pena intentarlo.

Entró en el establecimiento de venta de cigarrillos. Pidió un paquete de tabaco americano. Y un sobre, una postal con una vista policroma de Alejandría, representando la playa de Montaza y su puente, con el palacio de Al-Montaza, convertido en casino y museo, al fondo de la fotografía.

Escribió rápidamente en el dorso de la postal, metió la tarjeta en el sobre, que engomó y franqueó, tras escribir el nombre y señas del destinatario. Miró al empleado del estanco.

—¿Puedo echar esta carta en alguna parte? —preguntó en inglés.

—Sí, señor. Vaya a la Oficina de Correos.

—No, no puedo ir ahora a Correos. Y es urgente que envíe esa carta. Muy urgente. Debo enviarla *ahora mismo*, ¿entiende? Es cuestión de vida o muerte.

Tendía, al tiempo que la carta franqueada y dirigida, un billete de diez libras al sorprendido dependiente. Éste meneó su morena cabeza, con expresión aguda.

Asintió con la mirada fija de repente a espaldas de su cliente, en uno de los iluminados escaparates del establecimiento.

—Entiendo, señor —las diez libras desaparecieron como por arte de magia, entre sus dedos. Avisó sin mover los labios—: Pida alguna otra cosa que pueda servirle. Le están vigilando desde la calle. Supongo que no querrá que vean su carta...

—¡No! —jadeó, haciendo un desesperado esfuerzo para no volverse, dominando todos sus nervios y su voluntad, que le forzaban a girar, para mirar al exterior—. No deben saberlo... «Ellos» no deben saberlo. ¿Cómo es ese hombre, por favor?

—No es un hombre —sonrió el empleado—. Es una mujer. Una mujer de su raza, señor. Pensé que sería su esposa y...

Un guiño completó la frase. El otro había perdido el poco color que aún quedaba en su faz rubicunda, pecosa, bajo el pelo rojizo. Resopló, con expresión alucinada:

—¡Una mujer! Dios mío... —Pero tampoco se volvió. Rápido, pidió—. Deme postales. Postales de Egipto, por favor. Vistas de las Pirámides, o del Valle de los Reyes, lo que tenga. Cualquier cosa será buena...

—Sí, entiendo —el dependiente extrajo varias tiras de brillantes postales en color con las maravillas arqueológicas de Egipto y los modernos alardes de su civilización actual. Cubrió con ellas la carta, que desapareció como antes lo hiciera el billete—. Elija cualquiera. Y páguela. Lo digo para que no sospechen allá afuera...

—Claro, claro —nervioso, tomó una serie de postales, la primera que se le ocurrió. Pagó al dependiente, que sonrió, obsequioso, como era costumbre en el país—. Buenas noches, amigo. Y gracias.

—A usted.

—Y por favor, la carta...

—Descuide, señor... —sonrió el empleado del establecimiento de tabacos—. Hoy mismo irá al correo...

El hombre salió del estanco. No había ninguna mujer sospechosa en torno. Ni cerca, ni lejos del estanco. Pasaba gente, en su mayoría nativa. Algunos europeos cruzaban apresurados. Eso era todo.

Pero el hombre estaba seguro de que el dependiente no había mentido. Y si había una mujer allá afuera, espiándole... es que «Ellos» no habían perdido el rastro.

No tenía tanto miedo ahora. Mientras aquella carta fuera echada al correo, mientras llegase a su destino.

La dirección era de un punto muy alejado de Alejandría, Egipto:

BARNABY SLOAN
Cathedral Parkway, West 110 Street
New York City, N. Y.
Estados Unidos de América

Lo que el hombre no sabía, era si llegaría alguna vez a su destino.

Lo único que sabía, es que él, iba a morir. Y que no había medio humano de escapar a esa amenaza invisible...

Se detuvo ante el edificio. La Pensión York se le presentó como la última tabla salvadora. Había elegido a propósito ese alojamiento. Como pensión, era confortable, y su situación, en el número 2 de la calle *Sheriff*, inmejorable. Pensó siempre que sería difícil localizarle allí.

Y a él, siempre le había gustado que la gente tardara en localizarle. Tenía sus motivos para eso. Motivos muy especiales.

—Creo que estás salvado, Calfax amigo —se dijo a sí mismo, con cierto alivio en la voz—. Si puedo llegar a la pensión, quizá haya un medio de comunicarse con Marko... El podría sacarme de Alejandría a escondidas, meterme en cualquier trasto que navegue, rumbo a cualquier parte...

No se hacía demasiadas ilusiones, ésa era la verdad. Pero aún la más leve, ya era algo. Al menos, en aquellas circunstancias.

El hombre que se llamara Calfax a sí mismo, llegó a la puerta de

la pensión. Se paró, apoyándose en el quicio, para enjugarse el sudor. Luego cruzó el vestíbulo, alcanzó el ascensor, entró en él, y marcó el piso adonde se dirigía. El ascensor comenzó a subir.

Calfax sonreía nerviosamente, contemplando su faz pecosa, lívida, en el espejo del ascensor. No era una imagen muy halagadora de sí mismo la que el azogado cristal le devolvía. Pero una luz esperanzada titilaba allá, en el fondo de sus pupilas.

—Si pudiera... —jadeó—. Si pudiera avisar a Marko. Él me sacaría de esto...

Ya llegaba al tercer piso. Alcanzó a ver el inicio de la puerta cristalera, al otro lado de la transparente del ascensor. Pero nada más.

El ascensor no subió más.

En vez de eso, sufrió una brusca sacudida.

Y luego, comenzó a caer. A caer vertiginosamente hacia el fondo...

—¡Nooo! ¡Dios mío, socorro! —aulló Calfax—. ¡Socorro...! ¡Sacadme de aquí, sacadme de...!

Fue todo lo que tuvo tiempo de decir, antes de que la caja metálica se estrellara allá abajo, en el sótano de la casa, despedazándose, arrugada horriblemente, aplastando en su interior al único ocupante...

Los cables del ascensor, allá arriba, colgaban yertos, flácidos. Unas manos enguantadas cerraron la verja del hueco, en la última planta del edificio. Todo parecía accidental.

Pero no lo era. Calfax, el hombre que aguardaba a la Muerte, se había encontrado inevitablemente con ésta en Alejandría.

CAPÍTULO II

UN MUERTO EN NUEVA YORK

Barnaby Sloan recibió la carta aquel día.

El matasellos de Alejandría, Egipto, señalaba una fecha exactamente cuatro días atrás. El dependiente del estanco había sido honesto. Incluso la remitió por vía aérea.

Para Barnaby Sloan recibir el diario correo, carecía de importancia. Era un hombre con un negocio destacado, de alcance internacional, y era lógico, muy lógico, que recibiese un copioso servicio postal cada día.

Por ello, aquella carta no parecía ser sino una más, entre el casi centenar habitual de cada día. Al menos, para Barrow, el mayordomo de la casa, no tuvo mayor importancia. Y la pila del correo cotidiano pasó a la bandeja especial de Patricia Sloan.

Patricia llevaba el mismo apellido de Barnaby. Pero ahí terminaba todo parecido con el comerciante neoyorquino. Porque físicamente, por fortuna para ella, Patricia Sloan no se asemejaba en nada a su tío Barnaby.

Mientras Barnaby Sloan era famoso en muchos lugares de Nueva York, especialmente —y por sorprendente paradoja— en los centros artísticos y económicos de la ciudad, tanto por su fortuna personal como por sus audaces negocios, su gran capacidad en la apreciación artística y su formidable fealdad física, Patricia Sloan era una pelirroja esbelta, juvenil, ágil y llamativa, desde lo profundo de sus ojos color jaspe, hasta las caderas ondulantes y sensuales, y las largas y bien modeladas piernas.

Aparte de eso, Patricia era inteligente. Y obstinada, como buena

descendiente de familia irlandesa. En eso, quizá, también podía comparársela a su tío. Pero ahí terminaba todo. Su breve nariz, su boca carnosa y roja, su óvalo perfecto, enmarcado por una mata radiante de cobrizo cabello, en nada se podía comparar a la nariz ancha y halconada de su tío, la boca grande y torcida, los duros ojos de comerciante y la figura recia, fornida, musculosa, tan célebre en Wall Street como en Greenwich Village, por citar dos ambientes tan dispares, como son el de los grandes negocios y las finanzas por un lado, y el arte, la bohemia y la inspiración, por el otro.

Patricia Sloan tenía muchas ocupaciones aquel día, aparte ocuparse de la correspondencia de su tío, a quien servía de secretaria y principal auxiliar. Quizá en eso, el Destino jugó un poco su baza.

Una baza inesperada y pasmosa, que comenzó en el momento mismo en que Patricia Sloan comenzó a abrir sobres, con un retraso de media hora sobre su normal horario de cada día. No precisamente por sus ocupaciones, sino porque había saltado de la cama con diez minutos de retraso, que se vieron ampliados luego, al quemársele las tostadas en el tostador eléctrico, y tener que repetir ese importante punto de su desayuno habitual, con cierto enfado muy comprensible.

Esos dos puntos, quizá influyeron también un poco. Con la rara, increíble transcendencia que el más pequeño incidente puede tener sobre los hechos humanos y sus propias criaturas.

El tercero, y más importante, fue la cita inaplazable que Patricia tenía a las diez de aquella mañana, en la Asamblea Extraordinaria de la Misión Cultural de las Naciones Unidas, allá en su cubículo de cristal a la orilla de Manhattan.

Y ése, desde luego, marcó el propio destino de Patricia Sloan, de un terrible secreto de muerte... y de otros muchos seres que danzarían en el futuro, en torno al enigma iniciado días antes, en Alejandría, con la muerte trágica de un hombre llamado Calfax.

Pero eso ni Patricia Sloan lo sabía, ni ningún otro de los personajes podía tampoco imaginarlo.

—Si correo está en su mesa, señorita Sloan —dijo escuetamente Barrow, el mayordomo.

—Gracias, Barrow —sonrió ella, terminando su tostada y apurando el café con leche vertiginosamente.

Se incorporó, silbando cómicamente al contemplar su reloj, gracioso colgante enjoyado, que pendía sobre su atrevido seno izquierdo, dentro de un simbólico corazón de oro.

—¡Las ocho y media! —gimió—. ¡Si apenas tengo tiempo!

—Pues el correo es abundante —sonrió Barrow—. No podrá atenderlo...

—Me cuidaré de lo más urgente —terminó de desayunar, y corrió hacia el despacho de su tío.

Barnaby Scott también era madrugador. Más que ella. Le encontró a la puerta de la estancia, abotonándose su corto batín de seda sobre el ya curvo, acentuado vientre.

—Hola, sobrina —saludó, algo jovial—. Voy al Museo. ¿Te cuidas tú del correo?

—Sí, tío. Al menos, de todo lo importante.

—De acuerdo. ¿Llegarás a tiempo a las Naciones Unidas?

—Sí, sí —los verdes, fascinantes ojos de la muchacha, centellearon suavemente en su rostro orlado de rojo—. Descuida, querido tío.

—¿Sabes si tendrás que emprender viaje a Oriente Medio, en misión cultural?

—Depende todo de lo que hoy se acuerde en la Asamblea, tío —aseguró Pat—. Pero haya lo que haya, volveré para informarte. En caso de mucha urgencia, telefonaría...

—¿Crees que iban a hacerte partir hacia allá, sin tiempo para volver a casa?

—En las Naciones Unidas, nunca se sabe nada —se tocó la sien, riendo con cierto cinismo—. No andan bien de la cabeza, tío. O por lo menos, si tienen juicio, lo disimulan bastante bien.

Barnaby Sloan rió, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Algún día te expulsarán por irreverente —comentó divertido—. Ah, Pat, están pendientes aún esos pagos en libras esterlinas a nuestros representantes de Londres. ¿Te puedes cuidar de ello?

—Seguro. Si he de ir a Oriente Medio, yo puedo pagarles personalmente, tío.

—Muy bien —Barnaby Sloan extrajo su libreta de cheques del bolsillo. En realidad, extrajo cinco. Eligió una de ellas, la del Banco de Inglaterra. Rápidamente, sobre un mueble del corredor, extendió una cifra y firmó—. Toma, Pat. Ten cuidado. Son veinticinco mil

libras al portador. Una cifra importante.

—Sí —rió Pat, mientras soplabla el papel recién escrito—. Suficiente para comprarme una colección de joyas que sería la envidia de Nueva York.

Miró a Barrow, el mayordomo, que aparecía en ese instante en el corredor, le guiñó un ojo, maliciosa, y dobló el verde cheque, hundiéndolo entre sus senos, bajo la blusa color magenta.

Después entró en el despacho, en tanto su tío se encaminaba hacia la parte posterior del edificio, al anexo en el jardín, donde tenía su museo privado.

Pat rodeó la mesa-despacho, cargada de sobres franqueados y sellados en los más diversos puntos del Globo. Comenzó a clasificarlos, tras un suspiro de resignación. Hizo un montón más reducido con las cartas urgentes, personales y de correo aéreo, otro con el correo ordinario y una última pila con los impresos, envíos postales y otros documentos menos apremiantes.

Se dejó caer, piernas por alto, en una butaca. Sus colegas de la Misión Cultural de las Naciones Unidas, seguramente se hubieran escandalizado de semejante actitud. Pero eso a Patricia Sloan no le preocupaba mucho. Consideraba que una podía ser igualmente capacitada para tareas culturales, sin el empaque de una solterona cincuentona.

Comenzó a rasgar sobres, con el cortapapeles de afilada hoja plateada y artística empuñadura de marfil tallado, con rostros ascéticos, de indudable origen oriental.

Era una labor rutinaria. Y rutinariamente la realizaba.

Antes de llegar al sobre timbrado en Alejandría, Patricia Sloan consultó su reloj. Le quedaban exactamente seis sobres por abrir. Uno de ellos era el enviado por Calfax, el hombre condenado a morir.

El relojito colgante de Patricia le mostró la hora: las nueve y diez. Demasiado tarde ya. Desde allí al palacio de las Naciones Unidas había un trecho por recorrer, suponiendo que su automóvil no hallara obstáculos. En Nueva York, y en plena mañana, eso era esperar demasiado.

Pat se incorporó, con un suspiro. Abrió su bolso. Metió en él las cartas que aún quedaban por abrir. Rápidamente, se encaminó a la puerta. Abandonó el despacho.

Barrow acudió al oír el portazo. Eran las nueve y cuarto. La puerta de la casa acababa de cerrarse. El automóvil color guinda arrancaba, frente a la vivienda de los Sloan, en la Quinta Avenida.

El mayordomo sonrió, meneando la cabeza. Patricia se marchaba, con el tiempo justo, como siempre. Algún día, llegaría tarde al palacio de la ONU. Y ese día le sería difícil explicar su demora al presidente de la Subcomisión correspondiente.

Barrow se encaminó a la cocina, a preparar un zumo de frutas y galletas con mermelada. Era lo que habitualmente tomaba Barnaby Sloan, cuando se encerraba toda una mañana en su museo, a desembalar y clasificar las obras de arte enviadas desde otros museos extranjeros, o por sus agentes de compra de antigüedades en el mundo.

Cuando todavía se hallaba dentro del museo, significaba que pasaría allí toda la mañana. Era lo habitual. Y esperaría el zumo de frutas, como siempre.

Era una mañana como tantas otras. Aparentemente, claro...

Barnaby Sloan terminó de desembalar el último envío.

Procedía de sus agentes en El Cairo. Muchos envíos llegaban de allí. Restos de expediciones arqueológicas, figuras milenarias de Egipto, joyas históricas de tiempos de los Faraones... Y otras, que resultaban ser perfectas imitaciones, falsas reliquias sin valor. Entonces Sloan procedía contra los farsantes. Suspendía los pagos, y anunciaba por cable el engaño, para que sus agentes procediesen. Él era un experto. Más que muchos otros, que antes habían asegurado la legitimidad de la obra adquirida.

Sloan estaba particularmente satisfecho. Todo el envío último desde El Cairo había resultado perfecto. Piezas valiosas, algunas de ellas sacadas de Egipto contra la voluntad de las propias autoridades culturales egipcias. Pero nada puede oponerse a la fortuna de un yanqui, colecciona sellos, piezas de arte o animales salvajes. Al menos, en teoría.

Sin volverse, Sloan sonrió, mientras desenvolvía los objetos últimos embalados, con fruición de auténtico fanático en la materia. Había chirriado la puerta del museo, al abrirse a sus espaldas.

—Entra, entra, Barrow —invitó suavemente.

El suave taconeo, se aproximó a él. Sloan enarcó las cejas, pero continuó sin volverse. No eran pisadas de hombre, ciertamente. No

era Barrow su visitante.

—¿Eres tú, Pat, querida? —saludó, soltando el envoltorio de celulosa y algodón en rama que envolvía la cabeza de una pequeña estatua de Osiris, en piedra negra brillante—. Ven, acércate. Creo que esta estatua es auténticamente nubia, de una época que podríamos situar entre las Dinastías Diecinueve y Veintiséis, y...

El taconeo se había detenido junto a él. Barnaby Sloan alzó la cabeza, giró de repente el rostro, sobresaltado sin saber la razón. Había detenido su frase anterior, para comenzar de nuevo.

—Pat, ¿qué es lo que...? —Se detuvo, asombrado. Miró a la figura femenina erguida. Y chilló, extendiendo la mano súbitamente crispada, convulsa—. ¡No, no, eso... eso no!

La mano de su visitante se había alzado. Ahora cayó sobre él. Con la precisión de una palanca o un interruptor accionado enérgicamente. Sólo que la mano esgrimía un largo, afilado objeto que centelleó de repente, herido por un rayo de sol del jardín, filtrado a través de la persiana.

—¡Dios... mío...!

Fue apenas un murmullo, tras un grito ronco, cortado en seco por el impacto terrible en el cuello.

Nada más. Nada más que eso y sangre. Sangre, a borbotones, a raudales, escapando por la boca y la ancha abertura de la garganta, allí donde se sepultaba la hoja de plata, allí donde vibraba aún la empuñadura marfileña, de hueso tallado con cabezas orientales...

El cuerpo de Barnaby Sloan, del que se derramaba copiosamente la sangre, se abatió sobre el cuerpo negro de Osiris, Dios de la Muerte para los antiguos egipcios...

Su asesino se agachó con rapidez, registró las ropas de Sloan. Frenética, resueltamente. Revolvió bolsillo por bolsillo, lo hurgó todo, con manos rápidas, vertiginosas.

Barnaby Sloan no se movía ya. Su asesino se incorporó sobre los altos tacones. Miró en torno, tras las gafas oscuras que velaban el rostro. Escudriñó los rincones del museo, las piezas arqueológicas que le contemplaban desde vitrinas, soportes y hornacinas. Avanzó hasta la mesa de trabajo, lo revolvió todo con igual rapidez y precisión.

Al final, jadeante, se incorporó. Nada. No encontraba lo que parecía buscar.

Se volvió lentamente. Las manos se crisparon. Los tacones avanzaron por el suelo rápidamente, las piernas se movieron con celeridad hacia la salida. Abandonó el museo.

Cruzó el jardín, entre los arbustos. Alcanzó el sendero que avanzaba tras la casa, hacia la puerta que conducía al interior de la vivienda. Allí, la luz solar, velada por un frondoso arco que servía de muro y techo al pasaje florido, llegaba tan débilmente que la visibilidad era escasa, en comparación con la fuerte luz solar que invadía el jardín.

La puerta se abrió de súbito ante el asesino. Apareció Barrow, con la bandeja que contenía la naranjada y las tostadas con mermelada. La luz del pasaje fue muy importante para lo que sucedió luego.

Porque Barrow, cegado por la luminosidad repentina del jardín, giró la cabeza, al sentir movimiento en el pasaje, junto al muro de altos setos. Entornó los ojos, escudriñando la penumbra.

—Señor Sloan, ¿ya regresa del museo? —preguntó—. Yo creí que...

La finara semioculta por los arbustos, se rebulló, al verse aludida. Avanzó con celeridad hacia Barrow, que parpadeó, aún cegado, pero no tanto como para no ver la figura femenina, moviéndose hacia él.

—Oh, es usted, señorita Sloan. Había creído que se marchó ya cuando...

Algo cayó sobre Barrow. Por fortuna para él, no era el mismo objeto que se abatiera sobre Barnaby Sloan, sino un simple fragmento de barra de zinc. El impacto en su rostro fue doloroso y brusco.

Barrow masculló roncamente algo ininteligible. Cayó la bandeja de sus manos, se derrumbó después él, sobre los vidrios rotos y el charco de zumo de frutas.

Las piernas de su agresor, enfundadas en nylon, pasaron sobre él. Los tacones resonaron dentro de la casa. Poco después retumbaba la puerta de nuevo, un motor de automóvil se alejaba...

Barrow continuó inmóvil, con el rostro y la frente ensangrentados, sin conocimiento. Y allá, en el museo, Barnaby Sloan tampoco se movía. Ni se movería nunca más.

Como Calfax en Alejandría, Sloan en Nueva York había muerto

violentamente, a manos de un asesino desconocido.

Un asesino, del que solamente Barrow podía hablar alguna vez. Pero él no había visto mucho. Sólo una figura de mujer. Y unos ojos verdes, centelleando tras unas gafas solares, demasiado caídas sobre la nariz, en el momento de la agresión...

CAPÍTULO III

DAVE CAMERON

El Inspector James Hawton pasó la ficha al Departamento de Identificación del Federal Bureau of Investigation.

El Departamento, como era habitual en él, funcionó rápidamente. La identificación estuvo en su mesa poco después de una hora, con amplios datos sobre la persona requerida.

El inspector James Hawton echó una ojeada sobre la ficha obtenida. Esperaba los datos de rutina en cuestiones así. Por eso, al leer, lanzó un respingo.

La policía egipcia había enviado al

F. B. I.

los datos de un hombre llamado Serge Calfax, de nacionalidad confusa, que unos consideraban armenia, otros griega, y los más, yugoeslava.

Pero Serge Calfax no era nada de eso. Ni siquiera se llamaba Calfax cuando nació. La ficha del

F. B. I.

era concreta en ese punto. Y el inspector federal Hawton sabía que no podía haber error en la selección hecha por la máquina de computación de datos para identificar a cualquier persona fichada por el Bureau Federal de Washington.

Leyó:

«SERGE CALFAX. Nombre supuesto, utilizado por el antiguo traficante de drogas Bruno Callico. Nacionalidad, italiana. Nacionalizado americano en

1942. Desaparecido del país cuando se le reclamó por tráfico de estupefacientes. Avecindado posteriormente en el extranjero, se sabe que ocupó en Egipto un puesto de agente de compras para determinados coleccionistas y galerías de arte, tanto de Europa como de los Estados Unidos.

»Datos físicos y antropométricos, adjuntos. Habitualmente se tiñe el cabello, caracteriza su aspecto y no es fácil identificarle por esos datos.

»En Egipto, Callico (a) Calfax, no ha sido acusado ni perseguido por las autoridades de Narcóticos. Aparentemente, se mantuvo dentro de la Ley, comprando y vendiendo obras de arte. Pero sobre esto, es razonable sustentar ciertas dudas».

Eso era lo que hablaba el archivo federal de Serge Calfax, o Bruno Callico. Las fotografías, huellas dactilares y medidas adjuntas, no eran sino complemento de tal ficha. Pero quizá fuese más útil ese material que toda alusión escrita.

El inspector James Hawton suspiró, echando una ojeada a otra nota adjunta, esta remitida por cable, desde el Departamento de Policía de Alejandría, Egipto. Leyó su escueto contenido:

«Serge Calfax, muerto en accidente. Ascensor desprendido. Posible acto criminal, por sospecharse fueron cortados los cables. Datos de Calfax, proporcionados por Interpol, señalan posibilidad sea delincuente anteriormente residente con otro nombra en Estados Unidos. Hoy día, agente de compras de arte y antigüedad. En especial, a nombre de Barnaby Sloan, millonario coleccionista de Nueva York».

Hawton descolgó el teléfono de su despacho. Pidió comunicación:

—Oficina federal en Nueva York. Es urgente...

Esperó la comunicación, golpeando con impaciencia sobre los papeles, con la punta de su lapicero automático. Ahora parecía preciso localizar a Barnaby Sloan, para saber qué podía existir entre el millonario y el hombre de Egipto.

No tardó mucho en tener noticias de Nueva York. Pero no fueron exactamente las que él esperaba.

Dave Cameron saltó a la superficie de tablas. Amarró la cuerda a uno de los soportes, y el motor del pequeño yate se fue silenciando, en tanto la espuma formaba festones en torno a la esbelta línea de la embarcación de recreo.

—¡Vamos, deprisa! —llamó jovialmente, volviendo su rostro bronceado, atlético, hacia el vehículo acuático recién detenido—. ¡Tengo un apetito feroz, Daisy!

Daisy salió de la cabina, abotonándose la blusa sobre al busto agresivo. Todavía faltaban suficientes botones por cerrar, como para convertir aquello en una exhibición nada tranquilizadora.

Brincó al embarcadero, desde la cubierta del pequeño yate a motor. Sus increíblemente breves *short*, de tejido blanco adherido a sus bronceados muslos, le permitían una notable libertad de movimientos a sus elásticas y bien torneadas piernas.

Dave la tomó en sus brazos, ella se desprendió, riendo, del abrazo masculino, y escapó a la carrera hacia la casa, en lo alto de la pendiente que conducía del embarcadero privado a la suntuosa residencia.

Dave Cameron echó a correr tras ella, llamándola imperiosamente:

—¡Eh, aguarda! —voceó—. ¡Espera ahí, Daisy!

Ella, riendo, continuaba su carrera por la senda de grava, al final del embarcadero. Pero no podía hacer nada contra la agilidad atlética de Dave. El joven la alcanzó frente a los arriates floridos que rodeaban el claro del porche, brincó sobre ella, y ambos jóvenes rodaron por el césped, corto y suave, como una verde esponja fresca.

Las risas de ella continuaron, hasta que los labios del hombre cubrieron los suyos. Luego se zafó del abrazo varonil, brincó ágilmente y corrió de nuevo hacia la vivienda señorial que daba su frente a la pequeña, íntima cala rodeada de rocas y vegetación.

Esta vez, Dave Cameron no se preocupó en alcanzarla. El trecho

desde el césped a la casa, lo hizo lenta, apaciblemente... para terminar en brazos de la escultural Daisy, que surgió de repente tras las vidrieras de la galería, con un grito juvenil y travieso.

Sus bocas se unieron de nuevo. Al separarse, se contemplaron, risueñamente.

—¿Eres feliz, Dave? —preguntó ella.

—Mucho. Es la mejor de mis vacaciones, Daisy. A veces, incluso, pienso que es demasiado hermoso todo, para ser realidad. ¿No se terminará esto demasiado bruscamente, mí querida Daisy?

—Oh, no seas aguafiestas —protestó ella, con un mohín, mientras se deslizaba hacia el interior de la casa—. Acabas de empezar tus vacaciones, Dave. Es tu primer día en casa. No puedes pensar cosas terribles. Ya verás cómo nadie nos molesta en estos días...

—Así sea... —Dave la siguió al interior de la mansión—. Pero sigo pensando que sería una felicidad excesiva. Dos semanas contigo, solos en este paraíso...

—La soledad será solamente relativa —rió Daisy—. Los demás invitados irán llegando esta tarde. Entonces se acabará un poco la paz. Cuando queramos soledad, tendremos que buscarla tú y yo, querido.

—¿La buscaremos? —sonrió Dave.

—Claro —ella enarcó las cejas—. No sabes la cantidad de rincones que hay por aquí. Y muchos de ellos, aún no han sido descubiertos por mis invitados...

—Daisy, ¿no temes que tu modo de ser perjudique tu posición social? Me refiero a la reputación y todo eso...

—Oh, no seas anticuado, querido. Imaginaba que un hombre como tú no pensaría en cosas así. Nunca me preocupé de la reputación. Me basta con saber que no hago nada realmente malo. No somos niños, Dave. Sabemos guardarnos de aquello que realmente deseamos alejar de nosotros. Y no hay maldad alguna en convivir con un grupo de amigos, aunque entre estos haya uno que le guste particularmente a una.

—Eres admirable —rió Dave, contemplándola—. Sobre ti resbala la malicia y la calumnia, igual que si tocaran una superficie jabonosa. Tú y yo sabemos que en compartir unas horas de alegre libertad no existe nada malo, entre personas conscientes, algo

alejadas del hombre de las cavernas. Pero ¿lo saben los demás?

—Allá ellos —se encogió de hombros la muchacha—. Alguien dijo que la insidia sólo envenena al que la fórmula. No sé quién fue, pero tuvo razón.

—Seguro que fuiste tú —rió Dave—. Y ya lo olvidaste...

Habían llegado al *living*, asomado al jardín delantero de la casa. Daisy preparó rápidamente unos cócteles, mientras comentaba:

—Dentro de media hora, tendremos la comida lista, o yo no conozco bien a mí servidumbre, Dave.

—Eso estará bien, Daisy. La verdad es que el paseo marítimo me ha abierto un apetito de lobo...

—¡Uy, qué miedo! —Se escabulló ella—. Procuraré que no me muerdas...

Rieron los dos. La entrada de la muchacha cortó sus risas. Tosió discretamente la doncella, desde la puerta del gabinete. Daisy se volvió, sorprendida.

—No es posible —manifestó—. No vendrás a decirme que la comida está lista, ¿verdad, Alma?

—No, señorita —negó la doncella—. Faltan unos minutos. Le traigo este telegrama. Acaba de llegar. Y es urgente.

—¿Un telegrama urgente? —Daisy reflejó su estupor—. ¿Para mí? Jamás recibí ninguno. No conozco a nadie con tales prisas.

—No es para usted, señorita. Viene a nombre del señor —señaló a Dave.

—¿Para mí? —Cameron se estremeció—. ¡Oh, no!

—Calma, querido —le alentó Daisy, avanzando rápidamente—. No puede ser... nada malo.

—Eso crees tú —gimió Dave. Tomó el sobre amarillo. Lo rasgó, sobre el sello que indicaba: «Urgente». Antes de leerlo, añadió, como un sombrío presagio—. Creo que es el momento de decirte adiós, querida...

—¡Dave! No es posible: ¿Por qué has de pensar siempre cosas tan espantosas?

Cameron no respondió enseguida. Solamente cuando hubo leído el texto. Mostró el telegrama a la joven y concretó, plañidero:

—Porque conozco a mí gente...

Ella echó una mirada rápida al texto. No era muy amplio. Pero sí tajante:

«REGRESE INMEDIATAMENTE OFICINA FEDERAL. IMPRESCINDIBLE SU PRESENCIA. CASO URGENTE RELACIONADO DOS ASESINATOS. SUSPENDA VACACIONES INDEFINIDAMENTE. LO SIENTO. INSPECTOR MARTIN RITTMAN».

—¡Lo siento...! —apostilló Dave, de mal humor—. ¿Qué diablos cree que pensaré yo?

El inspector federal Martin Rittman, del FBI en Nueva York, clavó su mirada gris en Dave Cameron, cuando éste tomó asiento, a regañadientes, frente a la mesa despacho. Entrelazó los dedos de sus manos, cortas y cuadradas, con aire beatífico.

—Sé lo que sientes, muchacho —rezongó, tras un silencio—. He sido agente antes de sentarme tras esta mesa, y no me cuesta ponerme en tu lugar. Alguna vez me echaron a perder las vacaciones, justamente como te ocurre a ti.

—Gracias por el consuelo —gruñó Dave—. ¿Me pongo a llorar en su hombre, jefe?

—No hace falta —sonrió Martin Rittman, del FBI—. Quizá tengas ocasión de llorar más adelante. Guarda tus lágrimas para entonces.

—Convenido. ¿Qué sucede? ¿Debo capturar a un nuevo Enemigo Público Número Uno, o se trata de una redada de comunistas?

—Nada de eso, Dave. Hablemos en serio. Hay un doble asesinato, ya lo sabes por el telegrama. Nuestra Central de Washington ha delegado el caso a Nueva York, porque aquí se cometió el segundo asesinato.

—Ya. ¿Y el primero?

—En Egipto.

Dave pegó un respingo y se quedó mirando con fijeza a su jefe.

—¿Ha dicho... Egipto? —puntualizó seriamente.

—Sí. Una tierra famosa por sus Pirámides, sus faraones y sus momias. Pero tiene otras muchas cosas, menos difundidas de cara al turismo.

—Supongo que también hay egipcias.

—Sospecho que sí. Pero no hay nada relacionado con ninguna mujer de allí.

—¿Y de aquí?

—Sí.

—¿Quién?

—Una chica hermosa, inteligente, educada y del mejor mundo social.

—Ése es mi tipo. Especialmente, si tiene buenas curvas y buena cuenta bancaria —rió Dave, con cinismo.

—No sé si tiene cuenta bancaria, pero sí buen tipo. Trabaja en las Naciones Unidas, Sección Cultural.

—¡Oh...! —Dave bocetó un gesto elocuente—. ¿Un loro con faldas?

—No, no. Las apariencias engañan esta vez. La chica es hermosa y de excelente físico. Se llama Patricia Sloan.

—No será la víctima, ¿eh?

—No. Fue su tío, Barnaby Sloan.

—¿Barnaby Sloan? Me suena ese nombre, inspector...

—Es un millonario, coleccionista de obras de arte, de antigüedades y todo eso...

—Ahora lo recuerdo. ¿Le mataron?

—Sí. Una puñalada en el cuello, sobre la misma nuez.

—Ya —Dave se tocó el punto aludido, incómodamente—. Buen tino el atacante...

—Le sorprendió en su museo particular, poco después de que dejara a su sobrina Pat, leyendo el correo en el despacho de la casa. Y aquí viene lo bueno. Barrow, el mayordomo, asegura que creyó oír marchar a la sobrina del viejo Sloan cuando se dispuso a llevar a su patrón el zumo de frutas habitual. Pero en el corredor del jardín, entre el anexo destinado a museo y la casa, una mujer le atacó. Cegado por el sol apenas la vio. La penumbra, por otro lado, velaba a la agresora, en el corredor cubierto de setos y enredaderas. Pero Barrow, al ser agredido, de un golpe que le tuvo casi tres horas inconsciente, vio su cuerpo, sus piernas largas, sus zapatos de tacón... y los ojos verdes.

—¿Los... ojos verdes?

—Sí. Ella llevaba gafas oscuras. Pero se habían bajado sobre la nariz, mostrando sus pupilas. Jura y perjura que eran verdes.

—¿Y Patricia, la sobrina?



Aguardó oculto en la oscuridad

—No tiene dinero. La protege su tío, que cuida de ella. Le dio una educación, estudios, pero ningún dinero. Trabaja en las Naciones Unidas. Ese día salió de la casa, y no ha vuelto.

—¿No ha vuelto?

—No. Pero ya sé lo que piensa —Rittman meneó la cabeza—. Las Naciones Unidas nos han informado que salió para Londres y El

Cairo. Lleva una misión cultural de la ONU, relacionada con la posible desaparición en el futuro de los tesoros arqueológicos que inundarán las aguas del Nilo, al construirse la Presa de Assuán.

—¿Salió de viaje mientras mataban a su tío?

—Eso parece. No han podido establecer aún contacto con ella. Espero lo logren en Londres. Barrow dice que el señor Sloan entregó a su sobrina un cheque al portador, por una cantidad importante, a pagar a alguien en Londres. Ella se lo llevó en su viaje. Realmente, debe ignorar lo sucedido, porque ella no volvió a casa. Ya había advertido que posiblemente tuviera que emprender con urgencia ese viaje, como así ocurrió. Al parecer es una muchacha notablemente culta e inteligente, muy versada en el estudio de antiguas civilizaciones. En especial, la egipcia.

—Entiendo. ¿Y quién murió en Egipto?

—Un tal Serge Calfax, en realidad llamado Bruno Callico. Un antiguo delincuente, perseguido por la Brigada de Narcóticos. Ahora parecía vivir honradamente, aunque bajo ese supuesto nombre, como agente de compra de antigüedades y piezas de arte, para millonarios, coleccionistas y museos. Trabajaba, entre otros, para Barnaby Sloan.

—Interesante. ¿Hay conexión entre ambas muertes?

—Aparentemente ninguna, salvo que Calfax murió pocos días antes, en Alejandría. Pero posiblemente exista un nexo. Es lo que hay que averiguar.

—¿Y ha pensado en mí? —gimió Dave.

—En ti, muchacho. Después de todo, conoces a fondo el árabe, has viajado por África y Oriente Medio en diversas ocasiones... Eres el hombre indicado. El FBI quiere saber lo que ocurre. La policía Metropolitana se cuida de la muerte de Sloan. Pero si media un tráfico de obras de arte, un hombre ex convicto de tráfico de drogas, precisamente muerto en Egipto, donde las drogas narcóticas abundan, y una muchacha miembro cultural de las Naciones Unidas, creo que el caso corresponde a la jurisdicción federal.

—Antes ha dicho que Barrow creyó oír a Patricia Sloan, marchándose de la casa. ¿Por qué, simplemente, *lo creyó*?

—Porque luego fue atacado por esa mujer, en el jardín.

—No veo la relación. ¿O imagina que la sobrina mató a su tío?

—Me temo que eso imagina Barrow, el mayordomo. —Pero...

¿por qué?

—Su agresora tenía ojos verdes. Y Patricia Sloan también...

CAPÍTULO IV

LA RUTA DEL ESTE

El avión de la «Trans World Airlines» dejó a Dave Cameron en el aeropuerto de Londres.

Allí, el buen clima de Nueva York sufría un brusco cambio para el viajero que saltaba del «jet» a tierra, sin haber abandonado el avión desde el aeropuerto neoyorquino. Una neblina grisácea y tenue, no tan densa como señala la tradición, pero sí húmeda e incómoda, flotaba sobre el asfalto mojado, resbaladizo, en el que reverberaban las luces de las pistas y de las carreteras que conducían a la ciudad.

Dave Cameron descendió, abotonándose su ligera gabardina, maletín en mano, y la mirada hoscamente fija en la bruma londinense, de tradicional e irritante fidelidad para con todo viajero llegado a la capital británica.

Pasó los formulismos aduaneros, y tomó un taxi para desplazarse al centro de la capital. Su primer objetivo era hallar a Patricia Sloan en la urbe, antes de continuar viaje hacia Oriente Medio. Pero no estaba demasiado seguro del resultado de sus pesquisas. Al parecer, ni siquiera las Naciones Unidas conocían el alojamiento de Pat en Londres. A estas horas, la Delegación de la ONU en Londres estaría haciendo las investigaciones pertinentes, en combinación con Scotland Yard y las compañías de navegación aérea y marítima que pudieran haberla sacado de la isla, después de su arribada.

Dave confiaba solamente en esos informes oficiales. En otro caso, si Pat no aparecía, sería cuestión de ir pensando que, realmente, ella tuvo algo que ver con la trágica, sangrienta muerte

de su tío Barnaby. El cheque citado por Barrow era por una cifra respetable, pagadera al portador: veinticinco mil libras. Por mucho menos se habían cometido crímenes más horrendos.

Cameron sabía que el color de ojos de la mujer oculta en el jardín, no era de por sí una prueba definitiva. Había muchas mujeres, especialmente americanas, con los ojos verdes. Pero ya era una pista, un indicio. Y nada despreciable, por cierto. En especial, si se unía la desaparición de Pat Sloan.

Otro paso a dar era en el Banco de Inglaterra. Podía tener su importancia el hecho de que aquel cheque hubiera sido pagado ya. Aunque resultaría difícil saber si lo cobró Pat u otra persona, el acreedor de Barnaby Sloan, ya que estaba extendido al portador.

Dave Cameron despidió su taxi cerca de Piccadilly. Se alojó en el Hotel Embassy, donde ya tenía hecha la reserva de habitación, y evocó, de pie tras la ventana de la alcoba, contemplando la niebla que difuminaba los contornos y luces de la ciudad en una especie de borroso lienzo gris, aquella luminosa cala, las aguas apacibles, los jardines y piscinas de la residencia de Daisy, allá en Nueva Jersey. Parecía todo tan lejano ya...

Respiró con fuerza. Cuando juró su cargo de agente especial del Federal Bureau of Investigation, ya sabía eso. Uno, nunca podía hacer lo que realmente deseaba, sino aquello que la Oficina Federal esperaba de uno. Era su parte en el convenio. Para bien o para mal.

La figura rubia y agresiva de Daisy desapareció del film que proyectaba su mente. Quedó tan sólo el cristal empañado, la niebla, el ruido de tráfico, allá en las calles del Strand, y él, solo y fatigado, en medio de la estancia del hotel.

—Felices vacaciones, Dave Cameron —se dijo a sí mismo, cuando se contempló reflejado en un espejo de Cuerpo entero. Se sacó la lengua, mientras tiraba la gabardina sobre el lecho, y tomó el teléfono, comenzando su tarea en Londres inmediatamente.

La primera llamada era para Scotland. Yard. La segunda sería para cierto importante miembro de la Delegación de las Naciones Unidas en Londres, cuyo número particular de teléfono llevaba consigo, en su agenda.

Había que localizar a Pat. Y cuanto antes, mejor. Un minuto podía ser el tiempo que separase a la muchacha de un nuevo avión, este rumbo a Egipto. Dave no sabía, sí, de todos modos, tendría que

volar también a las tierras del Nilo. Pero de hacerlo, sería solamente por la muerte de Caifas. No quería que, a la vez, fuese una especie de persecución de una dama de ojos verdes, cuyo tío había muerto asesinado, precisamente a manos de un criminal de ojos verdes...

Scotland Yard no sabía nada. Y el funcionario de las Naciones Unidas, tampoco.

Pat Sloan no aparecía. Oficialmente, ni siquiera había llegado a Londres.

Tras su segunda negativa llamada, Dave Cameron colgó. Otro número de teléfono danzaba en su mente. Acababa de proporcionárselo el superintendente Gregson, de Scotland Yard. Y correspondía al domicilio particular de un alto funcionario del Banco de Inglaterra.

Sólo quedaba por seguir la pista del cheque y la de la empresa aérea que hubiese trasladado a Patricia Sloan desde Nueva York a Londres.

Dave Cameron descansó unos momentos, mientras encendía un cigarrillo, reclinado en la cama, junto al teléfono. Después marcó.

La primera llamada era a la residencia del funcionario bancario. Cuando estableció comunicación, le informó de la cuestión. Su interlocutor le aseguró que en cuestión de una hora o dos tendría los datos requeridos, tras previa consulta del Banco a Scotland Yard.

Dave colgó, agradeciendo la gestión. Luego, pensativo, se dispuso a recorrer la larga hilera de números que correspondían a las diversas empresas de aviación radicadas en Londres, así como a las oficinas de los aeropuertos donde pudiera haber tomado tierra Patricia Sloan.

Era una tarea larga, densa, monótona, en tanto no diera con los datos precisos. Pero al final todo fue dando su pequeño resultado. Resultados que Dave Cameron fue recogiendo, con expresión tensa en su rostro bronceado, de duras facciones varoniles y oscuros ojos escudriñadores, bajo el cabello oscuro, revuelto y agresivo.

Una de las oficinas aéreas confirmó la llegada de Patricia Sloan a Londres. Ninguna comunicó que hubiera abandonado la capital inglesa. No había datos de su salida en las empresas de navegación aérea.

Luego llegó el informe del funcionario del Banco de Inglaterra.

—Sí, señor Cameron. El cheque en cuestión ha sido cobrado ya.

En billetes de cien libras. Lo que resulta difícil es localizar a la persona que lo hizo efectivo.

Mis empleados no pueden asegurar si fue abonado a un hombre... o a una mujer.

Eran dos datos. Y ambos inquietantes. Aunque podía suceder que, en realidad, a fin de cuentas careciesen de la importancia que aparentaban tener.

Dave Cameron reflexionó en silencio, después de las llamadas telefónicas. Continuaba tan carente de pistas como antes. Pero algo positivo existía ya: Patricia Sloan había llegado a Londres. Quizá continuaba en Londres. Y ella o alguien, había percibido las veinticinco mil libras de la cuenta de Barnaby Sloan, antes de que el Banco suspendiera los pagos a cuenta del millonario americano, al conocerse la noticia de su muerte.

Comenzaría pronto otra búsqueda telefónica, tan lenta y agotadora como las anteriores: los hoteles ingleses. Pero ése era un terreno prácticamente incommensurable. Hoteles, pensiones, alojamientos, residencias...

Se exasperó. Era irritante no saber nada de Pat Sloan, de sus costumbres, del lugar donde podía hallarse, sin haber entrado en contacto con las Naciones Unidas, sin saber en apariencia nada sobre la muerte de su tío, pasando como un fantasma por la capital británica. Como si no existiera.

Como si no existiera...

Cameron pegó un respingo de súbito. Se incorporó, lanzándose por su sobretodo y su sombrero. Luego corrió a la puerta de la habitación.

—¡Pero qué necio he sido! ¡Qué grandísimo necio...! — masculló, abandonando la estancia.

Un taxi le condujo a Scotland Yard. Allí solicitó ser recibido por el superintendente. Gregson le recibió.

Era un hombre alto, corpulento, macizo, de cabello gris y porte tradicionalmente británico. Sus ojos metálicos tenían un brillo astuto y penetrante.

—Mi querido señor Dave, ¿qué es lo que sucede ahora? —indagó suavemente, tras hacer sentar a Dave frente a él—. Le noto un poco excitado, en apariencia...

—Creo tener razones para ello, superintendente.

—¿Algo alarmante acerca de la joven americana?

—Aún no lo sé. Pero algo nuevo, sí.

—Veamos qué es ello.

Dave le informó de cuanto había averiguado aquella noche por teléfono. Gregson asintió pacientemente, sin desviar de él la mirada. Luego comentó:

—Parece significativo. Pero no concluyente. La joven Sloan, ignorante de lo de su tío, puede estar obrando perfectamente normal. Ha pagado a los agentes de Barnaby Sloan, se aloja en Londres, quizá mañana vaya a las Naciones Unidas y el misterio dejará de serio. Al menos, en lo que a ella respecta.

—He pensado en eso, señor —suspiró Dave Cameron. Arrugó el ceño, añadiendo—. Pero también he pensado en otra posibilidad.

—¿Sí?

—Sí. Y ésta es mucho más lógica. Resultaría normal que Patricia Sloan abandonase Nueva York sin enterarse de la muerte de su tío, que Barrow, el mayordomo, no pudo informar sino más tarde, cuando volvió en sí de la agresión sufrida. También parece perfectamente lógico que Patricia Sloan llegue a Londres, sin necesidad de publicar la noticia en los diarios, se aloje en cualquier residencia para extranjeros o en un hotel de difícil localización, y que se apresure a abonar las deudas de su tío a los encargados de cobrarlas, personas sobre las cuales aún no tenemos dato alguno. Pero no resulta lógico que haga todo eso sin establecer contacto con la Delegación de las Naciones Unidas en Londres, cuando precisamente ese Organismo internacional es el que financia y organiza su viaje. ¿Qué hace ella en Londres, sin conexión con el Organismo a que pertenece, y sin reanudar su viaje hacia Oriente Medio, meta final de la misión cultural encomendada en Nueva York?

Gregson enarcó las cejas, pendiente de los gestos y palabras de su visitante americano.

—Acláreme su teoría, señor Cameron —apuntó—. Confieso que veo algo raro en todo ese conjunto de factores, pero no sé adónde va a parar exactamente.

—A una de estas tías soluciones. O Patricia Sloan es culpable del asesinato de su tío en Nueva York, o...

—¿O... qué?

—O Patricia Sloan no está en Londres, ni ha estado jamás, —suspiró Dave Cameron, echándose atrás en la Silla.

El superintendente parpadeó, sorprendido. Quizá era lo último que había esperado oír.

Entrelazó sus dedos sobre la mesa, estudió calculadoramente al americano, y luego manifestó escuetamente:

—Me gustaría entenderle del todo. Confieso que mis deducciones no van tan aprisa como las suyas.

—Escuche esto, señor —Dave se incorporó—. ¿Qué sabemos de Patricia Sloan? Que salló de Nueva York, que llegó a Londres alguien con ese nombre, que ese cheque se cambió aquí, en dinero de curso legal... Y quizá más tarde sepamos que una Patricia Sloan ha estado alojada en el Hotel X de la capital, y que tomó más tarde un avión hacia Oriente Medio. Nosotros, tontamente, iremos siguiendo la pista como si fuésemos pececillos tras un cebo bien dispuesto. Sinceramente, superintendente, creo que estamos haciendo el papel de tontos, ante la diversión de alguien que está alardeando de muy listo.

—El dato del hotel en que pueda alojarse Patricia Sloan, legítima o falsa, sería, muy significativo y aclararía mucho las cosas —comentó Gregson—. Habría una descripción de la muchacha y...

—Y, posiblemente, esa descripción se limitase a la de una mujer pelirroja, de bonita figura y verdes ojos. Justamente la que se puede aplicar a quien golpeó a Barrow, en el jardín de la casa.

—¿Dos mujeres pelirrojas, de ojos verdes?

No sé —Dave se encogió de hombros, malhumorado—. Dicho así, suena a falso, a incongruente.

—Parece tener más sentido la idea de que, a fin de cuentas, ésa, muchacha fue la que mató a su tío, y está huyendo ahora a la acción de la Ley. Me temo que la policía de su país, señor Cameron, está considerando muy seriamente esa posibilidad.

—Lo imagino. Pero yo creo que ella es inocente.

—¿En qué se funda?

—No lo sé. Nunca vi a Pat Sloan. Pero creo que una muchacha inteligente, culta, bonita y de pocos años, con un cargo en las Naciones Unidas, conviviendo con su tío, y gozando de la plena confianza de éste, hasta el punto de recibir cheques de ese importe al portador, no puede haberle asesinado. Y menos aún, hubiera

agredido a Barrow, dejándose ver o identificar. No, no. Eso carece de sentido.

—Muy bien. Patricia Sloan, inocente. Aceptado eso, ¿qué sucede, según usted?

—Que ella no está en Londres.

—Ya lo dijo antes. ¿Dónde, en ese caso?

—En Egipto.

Gregson resopló. Pero no reflejó incredulidad ni miró con escepticismo a Dave. Lo hizo más bien con interés.

—¿Llegó a Londres y se fue, sin perder tiempo? —sugirió el inglés.

—No. No llegó a Londres.

—¿Quiere explicarse?

—Es simple. Hay otros vuelos que no pasan por Londres. Nosotros estábamos obcecados, porque existía un hecho concreto: Pat *tenía* que venir a Londres. Pero existen, que yo sepa, varios vuelos Nueva York-Lisboa —Madrid-Roma-El Cairo. Ninguno de esos vuelos toca Inglaterra. ¿Va entendiendo?

—No del todo. ¿Por qué haría eso Patricia Sloan, faltando a las instrucciones de su tío, si ignora que éste fue asesinado? ¿Y cómo se cambió el cheque de veinticinco mil libras en el Banco de Inglaterra?

—Muy sencillo. Patricia Sloan no falté a las instrucciones de su tío. Sencillamente, *está siendo obligada* a actuar así.

—¿Secuestro?

—Creo que sí.

—¡Cielos, qué conflicto! —resopló Gregson de nuevo, reclinándose en el asiento—. ¿Cómo puede viajar una persona secuestrada, sin que nadie advierta lo que sucede?

—Hay drogas, hipnosis, mil recursos —Dave Cameron hizo un ademán elocuente—. Tendremos que buscar dos o tres viajeros, entre los que vaya una mujer enferma, alterada o algo así, con destino a El Cairo. Proveerse de documentos falsos y todo eso, no implica serios problemas para una organización poderosa. Y entre tanto, el telón de humo se extiende con habilidad. En apariencia, Patricia está en Londres, el cheque se cambia, y todo parece normal, desviándonos del objetivo auténtico.

—Eso parece verosímil —Gregson escribió algo con rapidez, en

un papel. Luego pulsó un timbre—. Vamos a investigar la cuestión, Cameron. Me comunicaré ahora con El Cairo y Alejandría. Usted ocúpese de que el FBI investigue en Nueva York ese supuesto viaje por otra línea. Ahora no buscaremos a Pat Sloan, sino a una enferma, una mujer de apariencia extraña o apática, acompañada de una o dos personas, sean hombres o mujeres. Espero que eso de resultado.

—Yo también, señor —sonrió Dave—. Voy a cablegrafiar a Washington.

—¿Y después?

—Mientras llegan noticias, recorreré unas cuantas residencias extranjeras y hoteles de lujo.

—¿En busca de Patricia Sloan?

—En busca de la mujer que se hace pasar por Patricia Sloan en Londres.

—Es muy optimista. ¿Espera encontrarla tan fácilmente? Londres es una ciudad de diez millones de habitantes.

—No lo olvido. Pero juego a una posibilidad: la de que esa mujer, si es una suplantadora, se habrá alojado de forma que no resulte fácil dar con ella en el primer momento, pero no demasiado difícil tampoco que, unas horas después, hallemos su nombre en un registro cuando el pájaro haya volado, naturalmente.

El superintendente Gregson, de Scotland Yard, no contestó de momento. Tendió el papel escrito al subordinado de uniforme que entró en su despacho. Le dio instrucciones rápidas:

—Busquen esos datos en El Cairo y Alejandría. Y notifique al inspector Dodds que destine cuatro o cinco hombres a buscar por Londres, en hoteles y residencias para extranjeros, especialmente, el rastro de una mujer llamada Patricia Sloan. Si la hallan, y todavía se aloja allí, arréstena en el acto.

El policía asintió, abandonando el despacho. Gregson se volvió a Dave, con una sonrisa. Incorporóse, tendiéndole su mano ancha y maciza.

—Bien, amigo mío. Creo que todo lo que puede hacerse sin demasiado escándalo está hecho ya. Le ayudarán a dar con su dama. Espero que pronto tengamos el dato que falta, para saber si Patricia Sloan está en Londres, o si su brillante y novelesca teoría se confirma. Le deseo suerte, señor Cameron. Y prudencia.

—¿Prudencia? —Dave sonrió, estrechando la mano al policía inglés.

—Sí. Creo que si una organización internacional como la que usted supone, está en danza en el asunto de los Sloan, no vacilarían mucho en eliminar también a quien se aproximara demasiado a la verdad...

Dave asintió, con una mueca burlona, antes de dirigirse a la salida.

—Sí, superintendente. Pienso como usted —rió sarcástico—. Por la cuenta que me tiene, conservare raí vida lo mejor posible, puede estar seguro.

Agitó la mano, con un ademán muy americano, y salió del despacho del policía británico.

CAPÍTULO V

UNA DAMA

No resultó tan difícil como esperaba.

Solamente llevaba seis hoteles y nueve residencias para extranjeros, cuando alcanzó la «Angloamerican Residence», en una zona residencial de Lambeth. Un edificio de tres plantas, de rojos ladrillos, típica fachada londinense y tejado de pizarra, con ventanas asomadas al parque cercano.

Le atendió una dama de aspecto severo, enjuta y grave. Seguramente era una solterona. O lo parecía. Vestía de color gris humo, contempló a Dave Cameron a través de sus gafas de escaso aumento, y con un suspiro se inclinó sobre el mostrador de recepción, preguntando:

—Es usted americano, ¿verdad?

—Sí, lo soy —sonrió Dave.

—Llega a tiempo. Se queda una habitación libre esta noche. Un huésped sale de viaje. Tome, firme aquí. Son diez libras por anticipado. No es desconfianza, entiéndalo. Es una norma de la casa. Esas diez libras se descuentan al final, de la factura, o se le abona la diferencia, si su cuenta alcanza una cifra menor.

—Sí, claro —Dave se inclinó, firmando con su nombre en una casilla del libro de registro. Tiró diez libras sobre el mostrador—. ¿Puedo ocupar ya la habitación?

—No, todavía no. Hay aún equipaje allí. Y su ocupante está preparándose para abandonarla. Su avión sale esta noche.

—¿Esta noche? —Dave enarcó las cejas—. No sabía que hubiese ahora vuelos para los Estados Unidos.

—¿Quién dijo eso? —rió la solterona—. No va a los Estados Unidos, sino al Oriente Medio. Eso me dijo, claro.

Dave se puso rígido. La excusa torpe que tenía a punto siempre, para abandonar la residencia, recuperando sus diez libras un momento después de comprobar que no estaba allí su presa, se quedó rezagada dentro de sí.

A pesar de todo, no había visto el nombre de Patricia Sloan en el libro. Pero todavía lo tenía ante, sí. Siguió con mirada de soslayo la hilera de nombres recién inscritos. Sus ojos se pararon en uno concreto: Penélope Scott.

P. S. Las mismas iniciales. Vio la anotación señalada junto al nombre: cuarto número 11. Sin demostrar la menor excitación, habló de pronto con tono receloso.

—Espero que no sea un cuarto número 13 —fingió estremecerse ostensiblemente—. Soy muy supersticioso.

—No tema. Aunque le faltó poco —rió la solterona—. Es el cuarto número 11...

Y meneó la cabeza, como diciendo para sí: «¡Estos americanos...!». Dave tenía ya el dato concreto. Volvió a la carga.

—Me gustaría ver la alcoba.

—Ya la verá. Ahora está arriba su ocupante, ya se lo dije...

—Oh, no importa —rió Dave—. Es sólo una ojeada. Una rápida ojeada, señora...

Se encaminó rápidamente hacia la escalera. Ella, sorprendida y confusa, no atinó a frenarle. Pero sí a recordarle, con aire ofendido:

—¡Señorita, señor Cameron... Señorita!

Riendo, Dave alcanzó la primera planta. Comprobé que todos los números eran simples. Del 1 al 19. Continuó encaramándose, escaleras arriba. En el segundo piso, los números eran los correspondientes a la planta: del 11 al 19.

Se paró ante el 11. Tenía la puerta cerrada. Llamé con los nudillos. Por debajo, la rendija permitía huir un poco de luz.

De momento, nadie respondió. Luego sonó algo tenue. Unos pasos lentos, cautelosos, que se detuvieron cerca de la puerta. Una voz débil, femenina, preguntó:

—¿Quién llama?

—Es de parte de la dirección, señorita Scott —hablé Dave, con acento puramente británico, que disimulaba a la perfección su tono

yanqui—. Acaban de traer un paquete para usted...

—¿Para mí? No espero nada.

—Oh, eso lo ignoro. Pero las señas no fallan: Penélope Scott, habitación 11, Residencia Angloamericana. Londres. Es correo interior, timbrado en la propia ciudad... Y urgente.

Hubo un gemido. Parecía de fastidio y de sorpresa. Luego chascó un pestillo, la puerta comenzó a abrir se...

Rápido, Dave metió la pierna en el hueco, sujetando la hoja de madera con el pie. Se encaró con un rostro joven, ovalado, enmarcado de cabellos rojos. Unos ojos verdes le contemplaron fijamente.

—Deme el paquete —pidió con voz tensa—. No tengo tiempo que perder. Mi avión espera...

Dave reflejaba una dureza sorprendente en su rastro. No se movió. Pero ella, de súbito, descubrió sus manos. Manos vacías. Sin paquete alguna.

—¡Mintió! ¡No lleva ningún paquete! —dijo con voz ronca.

Y trató de cerrar apresuradamente. Pero Dave no la dejó. Su pie hizo fuerza al tiempo que ella. Cargó el hombro contra la puerta. Un impulso seco, violento. Y la pelirroja reculó, dando traspiés. Dave pasó al interior, cerró tras de sí, de golpe.

—Buenas noches, Penélope Scott —saludó fríamente—. ¿O prefiere que la llame Patricia Sloan?

La pelirroja reaccionó violentamente. Había ido, dando trompicones, hasta la vecindad de un mueble. De súbito, tomó de éste un bolso color paja. Lo abrió, febril. Extrajo algo. Metálico, de duras líneas y ángulo ligeramente abierto.

Una pistola automática, negra y pavonada. Un arma de calibre corto. Pero mortal a aquella distancia.

Dave cayó sobre ella a tiempo. Cerró una mano férrea sobre su muñeca, la giró con violencia, haciéndola chillar ahogadamente. Soltó el arma, que rebotó, sorda, a sus pies. La pelirroja alzó su mano izquierda, intentando clavarle las uñas en el rostro.

Cameron también sujetó esa mano con celeridad. Y aun así, el rodillazo de ella le alcanzó de lleno en el estómago. Tosió Dave, perdido parte de su aliento. Pero se mantuvo en pie, algo doblado, y de súbito soltó la zurda de la pelirroja, disparándole un bofetón tremendo al rostro.

Ella retrocedió, cayendo en una butaca de tapizado azul, turquesa, Sus piernas quedaron en alto, y se plegó su amplia falda magenta sobre el regazo, exhibiendo generosamente el nylon de sus medias... y todo cuanto tenía. El conjunto resultaba bonito, lleno de encantos. Pero Dave no olvidaba que aquella preciosa pelirroja había empuñado un arma peligrosa. Lo cual le confería a, ella misma la calificación de mujer nada apacible.

—Así está mejor —dijo escuetamente, plantándose ante ella—. ¿Siempre recibe así a sus visitas, jovencita?

—¡Cerdo, bandido! —chilló—. ¡Váyase o llamo a la policía!

—Hágalo —invitó Dave, riendo—. ¿Va a formular su acusación contra mí como Penélope Scott o como Patricia Sloan?

Los verdes ojos centellearon, girando en sus órbitas. Le miraban fijamente, con una mezcla de ira y de impotencia. Su seno, opulenta y juvenil, temblaba bajo la tela color magenta de su vestido. Se rehízo, cubriendo sus estupendas pantorrillas.

—No sé quién es Patricia Sloan —silabeó—. ¿Se marcha o aviso a la policía?

—Yo soy la policía —rió Dave duramente—. Agente federal de Washington, jovencita.

—¡Federal! ¡No tiene jurisdicción aquí! —chilló ella—. ¡Esto es Inglaterra!

—Telefonee a Scotland Yard. Verá lo que le dicen —invitó Dave, sarcástico.

Hubo un silencio. Muy pálida, ella se incorporó, alisando sus ropas. Le miró con ira.

—Será mejor olvidar esto —silabeó—. No tengo tiempo ni siquiera para perderlo con un bruto. Me voy.

—¿A Egipto?

Los ojos verdes llamearon. El seno palpitó, tumultuoso. Parecía que iba a romper la cárcel de tela.

—¿Me está espiando? ¡No es usted quién para interrogarme ni asaltar mi alojamiento por la fuerza!

Dave no respondió. En vez de eso, se dirigió a su bolso. Ella gritó, queriendo impedirle. No llegó a tiempo más que de hincar los dientes, blancos y menudos, en la muñeca de Dave. Éste se revolvió, empujándola con fuerza. La pelirroja tropicó sobre un mueble y cayó de nuevo en un asiento, con un chillido de rabia.

La mano del federal se alzó triunfalmente, con el bolso. Rebuscó dentro. Apareció algo: pasaporte, documentos, un billete de avión. Leyó rápido. Destino: El Caire.

Los papeles todos, iban a nombre de Patricia Sloan. Y la fotografía inscrita en el pasaporte y en los demás documentos de identidad era la de la pelirroja que ahora se encogía, furiosa, en el asiento adonde la lanzará el impulso de Dave.

—Bueno —dijo Cameron gravemente, agitando los documentos—. Va a tener que responder de muchas cosas raras. Si es Patricia Sloan, ¿por qué se registró con nombre supuesto? Y si no lo es ¿qué hace con los documentos de ella?

Ella no respondió. Sus rojos labios se apretaron con ira. Estaba pálida, enfurecida.

—Ah, aún hay algo más —le recordó Dave de pronto—. Tenga cuidado con lo que me responde. Está mezclada en un asesinato. El de Barnaby Scott, en Nueva York. Y quizá en el de Calfax, en Alejandría...

Ella se incorporó de un salto, le miró aterrada.

—¡No! —chilló—. ¡No es posible...! ¡Yo no tengo nada que ver en ningún asesinato!

Los ojos de Dave eran fríos, glaciales y duros, cuando desafiaron el verde fuego de las pupilas femeninas.

—Eso es lo que espero que pueda demostrar... señorita «como-se-llame».

La pelirroja estaba llorando.

Dave esperó pacientemente, sentado en el brazo de una butaca. No desvió sus ojos de ella. Acababa de terminar el escueto relato de los sucesos acaecidos en Nueva York y Alejandría. Ella, como única reacción, rompió en llanto.

—Espero que se de cuenta de lo que esto puede significar —le recordó Dave—. Usted tiene los ojos verdes. Y el asesino de Barnaby Sloan tenía también ese color de ojos...

Se irguió un poco, con el llanto corriendo por sus mejillas. Se expresó entrecortada, borrosamente:

—Yo... Yo no tengo culpa alguna en todo esto —gimió—. ¡No pueden acusarme de asesinato! ¡No pueden hacerlo...!

—Pues lo harán —recitó lúgubrementes Dave—. Le harán, si usted no presenta algo realmente persuasivo que la libere de esos

cargos. En primer lugar, ¿es usted Patricia Sloan?

Ella parpadeó. Desvió la mirada, con un estremecimiento.

—No, claro que no —dijo lentamente, tras una pausa—. Yo no soy Patricia Sloan. Nunca lo he sido.

—Bien. Ya hemos dado un paso. Usted, por tanto, es Penélope Scott, ¿no es cierto?

—Tampoco —negó ella—. No es ese mi nombre. ¿No lo entiende, señor? Utilicé ese nombre... por sus iniciales. No me llamo así. Formaba... formaba parte del juego.

—¿Qué juego?

—Éste. Tenía que fingir ser Patricia Sloan en todo. Pero inscribirme con nombre supuesto, lo simplificaba todo. Me dijeron que eso sería más convincente que usar el auténtico nombre.

—¿Quién se lo dijo?

—Ellos.

—¿Ellos? ¿Quiénes son «ellos»?

—Los... Los que me contrataron.

—¿Les conoce?

—Oh, por supuesto. Agencia Artística y Publicitaria Acmé, en Broadway, 789, Nueva York.

—¿Ha dicho Agencia Artística y Publicitaria? —Parpadeó Dave.

—Eso es —ella sonrió a medias—. ¿De qué se extraña?

—¿Es precisamente una agencia de éstas la que puede contratarla para suplantar a alguien?

—Mire, yo no tengo por qué meterme en los asuntos de quienes me pagan. Soy una actriz y como tal, me debo a mí trabajo. Sea cual sea.

—¿Una actriz? —Dave Cameron iba de sorpresa en sorpresa.

—¿Pues qué creyó que era? ¿Una estafadora, una delincuente que suplantaba a otra mujer? —Se irritó la muchacha pelirroja— Usted está muy confundido...

—No he visto actrices que utilicen armas de fuego —comentó fríamente Dave.

—Formaba parte de mí trabajo. Por eso me pagaron bien. La agencia me advirtió que podía haber gente que quisiera amedrentarme, para que no siguiera suplantando a la Sloan. Entonces debía ponerme fuerte, aparentar que podía incluso disparar un arma. Eso bastaría, me dijeron.

—Mi querida jovencita, o usted es rematadamente ingenua, o demasiado lista para dejarse sorprender por nadie —refunfuñó Cameron, con enfado—. ¿Cómo se llama realmente?

—Saddie. Saddie Brand. Soy actriz de variedades y «vodevil». Pero tengo vena dramática, capacidad para mejores empeños. Lo he intentado demostrar a la agencia. Y usted me viene ahora con esto, a estropearme la actuación.

—Escuche, Saddie Brand —se irritó Dave Cameron—. Ya le he dicho que Patricia Sloan puede ser culpable del asesinato de su tío, o ser ahora víctima de sus raptos, mientras usted representaba esta farsa estúpida. ¿Qué es, concretamente, lo que cree estar haciendo, y cómo le pudo encargar de ello una agencia artística?

—Yo... Yo siempre he creído que Patricia Sloan era una actriz teatral australiana. Es lo que me dijeron. Viajaba fingiendo ser americana, y miembro de las Naciones Unidas, para ocultarse en el anónimo. Pero iba a interpretar una gran producción cinematográfica internacional, y yo tenía que demostrar que podía ser su «doble» perfecta, para representar el papel de hermana suya en esa importante película. Acepté el contrato, con todas sus consecuencias, y comencé a actuar. Me proporcionaron la documentación de Patricia Sloan, y me dieron instrucciones. Me pagaron bien, me garantizaron que todo era legal y limpio...

—Esa Agencia responderá de todo ello... si existe. Y si no, será usted quien tenga que responder —Dave Cameron hundió las manos en los bolsillos de su sobretodo—. Es la historia más absurda que he oído... o la más simple. Mientras todos seguíamos la pista de una actriz de ojos verdes y melena roja, Patricia Sloan desaparecía. Y cada vez sé con menos seguridad si su desaparición ha sido forzosa o voluntaria. Ahora, venga conmigo.

—¿Dónde? —Ella se replegó, asustada.

—A Scotland Yard.

—¡Oh, no! ¡Tengo que salir de viaje o perderé mi contrato! Debo cobrar la segunda parte de mis honorarios en Egipto...

—¿Quién ha de pagarle?

—En Alejandría... Dijeron que vendría al hotel un agente de la Agencia Acmé, para abonarme el resto de mí paga...

—No creo que ocurra eso. En Egipto dejará de ser usted útil a sus patronos. Pero de cualquier modo, va a venir a Scotland Yard.

Siendo inocente, nada tiene que temer. El superintendente Gregson se divertirá con su historia.

—Pero ¿y el billete de mí avión?

—No se preocupe. Si todo es como espero, quizá vaya a Egipto mañana... pero en mi compañía, señorita Saddle Brand. Vamos ya.

La tomó por un brazo. Ante el estupor de la encargada de la residencia, pasó ante recepción, llevándola de ese modo. Salieron a la calle, a la neblina nocturna, sin que la linda y asustada pelirroja ofreciera la menor resistencia.

—¡Estos americanos...! —dijo por todo comentario la solterona, meneando su cabeza reprobatoriamente.

CAPÍTULO VI

OTRA DAMA

El superintendente Gregson levantó la cabeza al entrar Dave en su despacho.

—¿Y bien? —indagó—. ¿Qué noticias hay de los Estados Unidos?

—Confusas —gruñó Dave—. No aclaran nada. Más bien lo complican todo...

El rostro del agente federal expresaba falta de sueño. Se acercó a la ventana, contempló los muros de New Scotland Yard, el brumoso cielo londinense, en una mañana gris y desapacible.

—¿Algún dato sobre la chica?

—Sí. Hay una Saddie Brand, actriz de «vodevil» —admitió Dave—. Hizo «streaptease» y malas comedias. También hubo una Agencia Artística Acme, en 789 de Broadway. Pero sólo duró allí una semana. Alquiló unos despachos, puso un rótulo y unos muebles. Ahora, sólo queda eso. Con una factura de teléfono y otra de luz por pagar. Volaron sin dejar rastro, superintendente.

—De modo que la chica no mintió.

—No, no mintió. Alguien la contrató premeditadamente para suplantar a Patricia Sloan. Por otro lado, Barrow insiste en que fue Patricia Sloan quien le atacó. El FBI mantiene sus reservas sobre el caso, pero la Metropolitana de Nueva York está decidida a admitir el caso contra Patricia, y enviarlo al fiscal del Distrito.

—Ciertamente, no es para sentirse feliz. ¿Soltamos a su chica, Cameron?

—Habrà que hacerlo. Después de todo, una actriz sin trabajo,

con sueños de grandeza, acepta cualquier papel. Y no analiza mucho lo turbio de la oferta. El mundo del teatro es algo diferente a todo lo demás, superintendente.

Gregson asintió. Llamaron a la puerta. Cuando dio su asentimiento, entró un policía uniformado, que le entregó algo, en un sobre. Gregson dio las gracias, extrajo una serie de documentos y los leyó en silencio. Dave Cameron no le interrumpió. En vez de eso, encendió un cigarrillo, apoyándose en el muro, junto a la ventana.

—Cameron —llamó de pronto el policía inglés.

—¿Eh? —Dave se volvió, sorprendido.

—Noticias de Egipto —informó Gregson.

—¿De veras? —Rápidamente, Dave acudió junto al superintendente.

—Vea primeramente el informe de la «Arabian Lines». En vuelo desde Nueva York, a través de Madrid y Roma, llegaron a El Cairo los médicos norteamericanos Roy Newfield y Floyd Bellamy. Llevaban consigo a una enfermera, repentinamente enferma, al parecer de una dolencia mental y nerviosa, que la tenía reducida a una inmovilidad y mutismo absolutos. Llevaba gafas negras y el cabello recogido bajo unos vendajes.

—¡Patricia Sloan! ¡Es ella!

—Seguro que sí. He pedido datos de Roy Newfield y de Floyd Bellamy, aunque es de temer que tales nombres no existan en el índice médico de su país. Esos tres viajeros descendieron en El Cairo, pero se ignora si permanecen allí o se ausentaron de la ciudad. Las autoridades egipcias informarán sobre eso cuando tengan algún dato concreto.

Hizo una pausa y continuó:

—Por otro lado, tengo aquí la lista de agentes de compra y venta de obras de arte y antigüedades, en Egipto. Sólo dos de ellos trabajaban para Barnaby Sloan. Y hay algo curioso en esos nombres.

—Cítelos, por favor.

—Uno, ya lo conoce: Serge Calfax, o Bruno Callico.

—¿Y el otro?

—Es *otra* —sonrió débilmente Gregson.

—¿Una mujer? —Una mujer... llamada Alma Sloan.

Dave Cameron parpadeó. Dejose caer en un asiento, comentando

entre dientes:

—Otro conflicto más. ¿Quién diablos es Alma Sloan?

—Una importante firma en el comercio de obras antiguas de arte. Reside en Alejandría. En Amir Ibrahim, frente al Sporting Club. Una residencia cerca de las playas mediterráneas de Egipto.

—Hemos de averiguar qué lazos de parentesco puede tener con Barnaby y Patricia Sloan.

—Los egipcios no son tontos —rió Gregson—. Al obtener ese informe, se han procurado también el otro, y aquí me lo incluyen.

—¿Y bien?

—Para todo el mundo, Barnaby Sloan era un solterón empedernido, ¿no es cierto?

—Sí...

—Pues bien, no era así. Alma Sloan es la esposa de Barnaby Sloan:

—¡Cielos! —Dave se encogió en el asiento, como aplanado por el cúmulo de incidentes—. Creo que cada vez hay algo más evidente; la clave de todo esto se halla en Egipto.

—¿Va a ir allá?

—Sí.

—Le deseo suerte. ¿Quiere que me cuide de reexpedir a su amiga Saddy Brand, con destino a los Estados Unidos? ¿O se la retengo aquí, en el país, hasta su regreso o sus instrucciones desde Oriente Medio?

—Ni una cosa ni otra —Dave hizo un gesto irónico—. No voy a viajar solo, superintendente.

—¿No querrá decir que...?

—¿Qué voy a llevarme conmigo a la picara actriz de «vodevil»? —Meneó la cabeza de arriba a abajo—. Pues sí, superintendente. Eso es, justamente, lo que pienso hacer...

—¿Por qué lo ha hecho?

—¿Por qué he hecho, qué?

Al tiempo de responder con otra pregunta, Dave se volvió hacia la pelirroja vecina de asiento. Bajo el avión de la BEA, las nubes mediterráneas formaban un fantástico suelo blanco y algodonoso, como un paisaje de cuento de hadas. Ella le estaba contemplando, con sus verdes, grandes ojos dilatados.

—Llevarme con usted a Egipto. ¿No piensa que puedo serle un

estorbo?

—Sí, lo he pensado. Pero un estorbo bonito, siempre es menos estorbo.

—No sé si darle las gracias por su amabilidad, o llamarle grosero —rió la actriz. Se inclinó, cruzándose de piernas. La falda subió unas pulgadas por encima de las rodillas. El nacimiento de sus muslos era torneado y sugestivo. Dave evitó mirarlos, con una honda inspiración de aire—. ¿Le gusta el «vodevil»?

—No.

—¿Y el «streap-tease»?

—Tampoco.

—¿Entonces nunca me vio actuar en Nueva York?

—Nunca, Saddie. Ahora lo siento. Pero es tarde para lamentarse.

—¿Piensa ir a verme cuando volvamos a los Estados Unidos?

—Tal vez vaya —Dave se encogió de hombros—. Ahora será distinto.

—¿Por qué?

—Bueno, la conozco. Y usted a mí —Dave giró la cabeza, estudiándola entre inquieto y sorprendido—. Diablo, hace demasiadas preguntas, Saddie. Eso suele ser tarea mía, no de los demás.

—¿No está acostumbrado a responder preguntas? —rió ella.

—No, no lo estoy —de súbito, Dave contempló el lazo negro de la muchacha, sobre su blusa color gris humo, así como el adorno negro que asomaba en la solapa de su graciosa chaquetita azul oscuro—. ¿Va de luto?

—Creo que es oportuno —sonrió la muchacha—. Me lleva usted como si yo fuese Patricia Sloan. Se supone que amaba a mí tío Barnaby, ¿no es cierto?

—Sí, eso se supone —Dave entornó los ojos—. Piensa en todo, ¿eh?

—Una actriz ha de hacerlo así —sonrió de nuevo Saddie Brand—. A mí tampoco me gusta el «vodevil» y todo eso. Ni quitarme prendas de ropa ante el público. Es deleznable. Pero da dinero, cuando una tiene algo que enseñar.

Dave consideró que ella tenía mucho y muy abundante por mostrar. Pero armonioso y bien distribuido, si una vez en pleno «streap-tease» continuaba teniendo aquella figura que lucía vestida.

—Eligieron bien a su «doble» —dijo de repente Dave, expresando una idea en voz alta.

—¿Eh? —Ella parpadeó, sin entenderle.

—Que ellos eligieron bien. Creo que se parece bastante a Patricia Sloan.

—¿La ha visto alguna vez, señor Cameron?

—Sólo en unas fotografías. De no ser porque usted se maquilla más, tiene los ojos más grandes y un peinado y tono de rojo diferente, podría engañar incluso a alguien que la conociera, si no profundizaba demasiado.

—Es lamentable.

—¿Qué? ¿Parecerse a ella?

—No. Que la elijan a una por el parecido con otra mujer, y no por sus dotes de actriz... —se lamentó Saddie, con amargura.

—Un justo dolor profesional. Pero los que la contrataron, por muy artísticos que se fingieran, no lo eran en absoluto. Necesitaban una mujer parecida a otra, no una Sarah Bernard.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué tenía que suplir yo a esa damisela de la ONU? Podría causar un problema internacional, ¿no?

—No creo que eso llegara a tanto —rió Dave. Luego, se puso ceñudo—. El problema internacional puede llegar por otro lado, no por su papel en este asunto, Saddie. Me ha preguntado el por qué de la suplantación. Le puedo responder tan sólo que les hacía falta alguien que desconcertara a la policía inglesa, e incluso a la americana o la egipcia, en tanto ellos metían en Egipto a la auténtica Sloan, bajo apariencia supuesta, y reducida a la inconsciencia.

—Sí, pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Aún no lo sé. Hay cosas oscuras en este asunto. Posiblemente, tras ese negocio internacional de antigüedades se ocultan cosas más inconfesables.

—¿Falsificación de piezas de arte tal vez? —apuntó tímidamente ella.

—No —negó Dave, estudiándola pensativo—. Algo peor.

—Falsificar cosas del Antiguo Egipto daría una fortuna —opinó Saddie—. Claro que supongo que los expertos terminarían por descubrir el engaño...

—Sí. Y su tío era un experto —rió, mientras ella le escuchaba sin

reflejar emoción alguna—. Perdone. Estoy tan metido en el papel, que casi la voy a tratar como si fuese la auténtica Patricia Sloan.

—Prefiero ser Saddle Brand, sobre todo ahora que veo la clase de cenagal en que me he metido —ella torció el gesto, malhumorada. Luego hizo un mohín coqueto—. Pero si a usted le gusta más como Patricia Sloan...

—No tiene que gustarme de ninguna manera —cortó abruptamente Dave. Demasiado abruptamente, tal vez. Por ello enmendó ahora, algo corrido—. Oh, disculpe. Como le decía, Barnaby Sloan era un experto. Nadie engañaría a él y a otros como él. No, ha de ser algo más sutil. Y la compra y venta de antigüedades es la máscara que lo encubre.

—¡Ya lo tengo! —sugirió Saddle—. Drogas.

—Drogas... —Dave movió lentamente la cabeza—. Drogas... ¿Por qué pensó eso, Saddle?

—Bueno, es lo que ocurre siempre en casos así. Y creo que en Oriente abundan los narcóticos. Opio y todo eso... No dejaría de tener gracia, meter el opio dentro de las vendas de una momia egipcia...

—No sería fácil engañar así a las aduanas —apuntó Dave.

—¿Olvida que una momia es un cuerpo reseco y hueco? Dentro del cuerpo podrían ir las drogas, ¿no cree?

—Sí, podría ser —Dave la miró, realmente interesado—. Empiezo a creer que, además de desvestirse en público, tiene otras habilidades. Como imaginarse cosas. Cosas que pueden ser ciertas. Ése sería un buen escondite para, las drogas, es verdad.

—¿Se burla de mí?

—No, no Por el contrario, Saddle, casi empiezo a admirarla, Y a admirarme de que no haya podido hacer otra cosa en la vida que quitarse la ropa delante de la gente, por un sueldo miserable.

Saddle Brand se encogió de hombros, con cierta amargura. Volvía a ser la chica que estaba de vuelta de todo, y que nada esperaba de la vida.

—Ocurre muchas veces —dijo con tristeza—. Los hay que se quedan a mitad de camino... Yo soy una de éstas, señor Cameron. Y créame que soy la primera en lamentarlo...

Dave no dijo nada. Incluyó la cabeza, fijando sus ojos en la ventanilla del avión. Seguían sobrevolando las nubes, cerca ya de

las costas africanas, frente a Grecia. No tardaría en aparecer Egipto a sus pies.

Cuando volvió a mirar a Sddie, momentos después, ella respiraba profundamente, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Dormía. No la despertó.

En vez de eso, recordó él mismo lo muy cansado que estaba. Y se durmió, para no despertar hasta que tocaron suelo egipcio, en el aeropuerto de El Cairo.

Un avión de las Líneas Aéreas de la República Arabe Unida les llevó desde El Cairo a Alejandría, cosa de ocho horas después de su arribada a El Cairo.

Para entonces, Dave Cameron había realizado ya tres visitas importantes en la capital egipcia, dejando durante ese tiempo a Sddie Brand en una habitación del hotel elegido para aposentarse.

Las visitas fueron para la Embajada de los Estados Unidos, el Departamento de la Policía Egipcia, en su Sección de Narcóticos y de Investigación Criminal, y finalmente, a la Asociación de Arte y Museos Internacionales, acogida a la protección oficial de la UNESCO y del Departamento Cultural del Gobierno de la RAU.

—Vamos. Sddie —había dicho Dave Cameron, después de todo eso—. Ahora emprendemos otro viaje.

—¿Otra vez? —gimió la muchacha—. ¡Pero si apenas he tenido tiempo de descansar!

—Yo, ni eso. Habrá tiempo de descansar en Alejandría. Allí nos quedaremos más tiempo.

Partieron hacia la bella ciudad mediterránea, auténtica perla egipcia en el litoral. Pero Dave Cameron no llevaba el menor propósito turístico en aquel viaje. No podía olvidar que en Alejandría había muerto un hombre, Serge Calfax. Asesinado también, como Barnaby Sloan en Nueva York.

Y que en Alejandría, ahora, posiblemente se hallaba la auténtica Patricia Sloan y sus raptos.

Y también Alma Sloan, la ignorada esposa del asesinado millonario y coleccionista de arte.

Alma Sloan era esbelta, rubia. Y joven. Muy joven para haber sido esposa de Barnaby Sloan. Entre ellos debió mediar casi un cuarto de siglo de diferencia.

Ésa fue la primera sorpresa para Dave Cameron, Luego, el joven agente federal buscó insistentemente sus ojos. Esperaba hallar el tono verde, casi obsesivo, que parecía privar hasta ahora en todas las mujeres con quienes se encontraba en su camino, desde el inicio del diabólico «caso Sloan». Un color que casi le hacía recordar, con dulzona nostalgia, el tono azulado, tenue, celeste, de las pupilas de Daisy. Su bella y mundana Daisy, del frívolo mundo social de Nueva Jersey.

Pero Dave se sorprendió contemplando unos ojos que, precisamente, le recordaban en todo a la mirada lejana de Daisy. Azules, muy azules, tan claros como el cielo mismo de Egipto en los días de sol y de africana torridez. Límpidos como aquel cielo; quizá metálicos, como el mismo cielo, que a veces parecía una lámina de acero cubriendo las costas de África.

Así era Alma Sloan. Joven, rubia, delicada, sensible. De ojos azul claros, de boca recta, enérgica. De expresión suave, apacible, de suaves curvas, de innata elegancia, distinguida y serena. Debía ser difícil desmoralizar o sorprender a aquella mujer.

—Y bien, señor Cameron —fue lo primero que dijo, nada más echar una ojeada a la credencial de Dave, bajo el distintivo del Federal Bureau of Investigation—. ¿Qué delito he cometido, para que la policía federal de mi país venga por mí, a este apartado rincón del mundo?

Sonreía al decirlo. Pero sus ojos tenían un cierto aire de gravedad y extrañeza. Y miraban fija, muy fijamente a Dave Cameron, mientras desgranaba ella las palabras con una serenidad impresionante.

Dave suspiró, sintiéndose ligeramente incómodo, ante ella.

—¿De modo que usted es americana?

—¿No lo sabía? —Ella parpadeó. Sus pestañas eran largas, doradas. Como una persiana amarilla velando el cielo frío de sus ojos.

—No, no lo sabía —Dave estudió el lugar, en torno suyo. La vivienda de Alma Sloan en la zona residencial de Alejandría, entre las doradas playas del Mediterráneo y el Sporting Club con sus extensiones de bien cuidado césped, era una especie de museo abigarrado y confuso, repleto de riquezas artísticas y arqueológicas, caprichosa y descuidadamente distribuidas, sin afán decorativo

alguno.

—Entonces, ¿qué ha venido a hacer un federal a Egipto?

—En primer lugar, informarle de la muerte de alguien: Barnaby Sloan.

Hubo un silencio. El rostro de Alma se contrajo dolorosamente. Los ojos se abrieron enormemente, sin apartarse de Dave. Éste captó la crispación de sus manos, largas y sensitivas.

—¡Dios mío! —susurró—. Barnaby... Su corazón, ¿no?

—No —negó Cameron serenamente—. Un cortapapeles de empuñadura egipcia. Clavado en su cuello.

Alma Sloan se aferró a una cortina espesa, cubierta de motivos orientales. Dave acudió a ella. La recogió tambaleando, y logró acomodarla en una butaca cercana, al lado de una mesa sobre la que se extendía una hilera de figurillas de alabastro, halladas en alguna tumba milenaria de los Faraones de Egipto.

—¡Dios mío! —susurró—. ¡Dios mío!

—Lo siento, señora —dijo Dave lentamente—. He sido brusco intencionadamente. Créame que lo siento.

Ella le miró. Larga, intensamente. Intentó sonreír, con poco éxito.

—No se disculpe —murmuró—. Supongo que debe ser brusco a la fuerza. Es su trabajo.

—No, señora —negó Dave—. Mi trabajo es encontrar al culpable o culpables. Quise comprobar sus reacciones, eso es todo.

—¿Sospecha de mí tal vez? —sonrió ella amargamente.

—Sospecho de todo el mundo. Pero se acusa solamente a una persona: Patricia Sloan.

—¿Pat? ¿La sobrina de Barnaby?

—Sí —Dave no la perdía de vista—. ¿La conoce usted?

—No —negó Alma—. Apenas un poco, por unas fotografías. Ella estudiaba en Harvard, cuando yo vivía con Barnaby. Nuestro matrimonio no fue muy largo. No podía serlo.

—¿Diferencias de carácter?

—Y de edad. No debí casarme con Barnaby. No lo hice por dinero —señaló en torno suyo—. Mire, señor Cameron. Me rodea una fortuna en piezas de arte egipcio. No necesité jamás el dinero. Me unió a Barnaby nuestro mutuo amor al arte y a la antigüedad. Debí comprender que eso no basta para unir a dos seres.

Hizo una pausa. Se pasó la mano trémula por la frente. Luego indagó:

—Por favor, ¿quiere decirme lo que sucedió exactamente? Quisiera saber... cómo murió Barnaby... y por qué. ¿Qué papel representa Patricia en ese horror? Ella no puede ser culpable. Es una criatura, tiene estudios, cultura, inteligencia...

Dave hizo un somero relato de cuanto había sucedido hasta entonces. No soslayó los detalles de lo sucedido en Londres, de su encuentro con la falsa Patricia Sloan, del viaje a Egipto en pos de los supuestos doctores Newfield y Bellamy, con su enfermera inconsciente.

Ella le escuchó atentamente. Cuando hubo terminado, se incorporó. Lenta y débil, pero llena de serenidad. Abrió un mueblebar que aparecía cubierto de relieves egipcios tallados en la madera, policromados por procedimientos modernos, imitando al antiguo. Sirvió dos panzudas copas de *brandy*. Tendió una a Dave.

—Sólo tengo *brandy* —se excusó—. Siento no poderle ofrecer otra cosa.

—Está bien —sonrió Cameron—. Este calor no invita a los licores. Un trago de *brandy* es todo lo que le aceptaría.

Sorbió un poco de la copa. Paseó por entre piezas antiguas, realmente bellísimas. Se paró de pronto, volviéndose hacia Alma Sloan.

—¿Está legalmente separada de Barnaby?

—Nos separamos hace tiempo —dijo ella—. Barnaby descuidó algo esos trámites. Pero por fin los emprendió. Estábamos a punto de obtener la decisión judicial definitiva. Justamente ahora, señor Cameron.

—Justamente ahora —remachó Dave—. Eso quiere decir que, legalmente, todavía es la señora Sloan.

—Tal vez pueda considerarme así —sonrió ella—. Pero yo, personalmente, no acepto esa definición. Desde hace un par de años, era solamente su agente de compra de antigüedades en Egipto, junto con otro agente especializado, un tal Caifas, instalado hace poco en este país. Pero creo que Calfax murió, en un desdichado accidente.

—Le mataron también —explicó Dave.

Una sacudida recorrió el cuerpo de ella. Miró a Dave

estupefacta, aterrada casi.

—¡Oh, no! —gimió—. Eso... Eso resultaría monstruoso.

—¿Por qué?

—Barnaby en Nueva York... Calfax aquí... ¿Qué horrible relación puede existir entre ambos sucesos?

—Es lo que ando buscando. Por eso he venido a Egipto, señora Sloan. Y permita que la haya molestado con mi visita. Pero usted, además de ser la esposa de Barnaby, era su proveedora de viejas reliquias dignas de su museo particular en Nueva York.

—No le serví muchos ejemplares —suspiró ella—. Apenas cuatro o cinco piezas de interés, autorizadas a salir por el Gobierno egipcio. En ese aspecto, muchos ejemplares valiosos, por su interés histórico o nacional, son denegados para los coleccionistas particulares, pasando al Museo de El Cairo o al de Londres.

—Alguien sugirió que podían sacarse drogas de Egipto, dentro de una momia, un jarrón o una pieza así —Dave apoyó su mano en una pieza de alabastro, que alzó luego, hasta verla resplandecer con su tono blanco marfil, a la luz del sol que se filtraba por entre las rendijas de la persiana—. ¿Cree que eso sería posible?

—Drogas... —Alma Sloan se quedó pensativa, largamente pensativa—. Sí, sería posible. Pero ¿quién iba a hacerlo? Yo no negocio en cosas así, señor Cameron.

—No he dicho eso —sonrió Dave—. Pero desde que la pieza sale de sus manos, hasta llegar a las del destinatario... ¿por cuáles otras manos puede pasar?

—No hay muchas. El embalador, el experto, mi ayudante...

—¿Su ayudante? ¿Quién es?

—Un egipcio, con estudios especiales. Un joven llamado Kheffa. Se lo presentaré en otra ocasión. Hoy no está en mi casa.

—Comprendo. Creo que no debo molestarla más. Me ha prestado toda la ayuda que era posible.

—Si pudiera hacer algo más...

—Si pudiera hacerlo, señora Sloan... permita que siga llamándola así, porque legalmente todavía es la esposa de Barnaby Sloan... Si pudiera hacerlo, repito, acuda a mí, en cualquier momento. Me alojo con esa chica, actriz de «vaudeville» y de «streap-tease», en el Capri Hotel, de la calle Al-Mina

Al-Sharkkia.

—El Capri Hotel —asintió Alma Sloan—. No lo olvidaré, amigo mío... Y gracias por todo. Por la noticia, y por lo demás. Hablaré con Kheffa sobre esa curiosa teoría suya de las drogas. Sería posible que existiera una mano desconocida que alterase una cuestión puramente científica y comercial como ésta. Pero de ser así, ni los destinatarios ni nosotros tendríamos noticia de ello. Sería una labor de alguien aprovechándose de nuestro legal tráfico de obras de arte.

—Así lo he entendido desde un principio —asintió Dave—: Alguien mató a Calfax, porque éste averiguó algo. Es posible que él informara de alguna manera a Barnaby Sloan, y eso firmó la sentencia de muerte de Sloan, allá en los Estados Unidos. Una organización internacional poderosa no hallaría dificultad alguna en actuar de esa forma.

—¿Y la sobrina de Barnaby? ¿Dónde pondría usted a Patricia Sloan, en tal caso?

—No lo sé —suspiró Cameron, abatido—. No lo sé... y eso es lo que me preocupa. ¿Por qué tuvo que ser raptada ella? ¿Por qué el mayordomo de Barnaby vio a alguien de ojos verdes, antes de ser atacado? ¿Por qué contrataron a una muchacha de teatro, para desviarnos de la pista de Patricia y sus raptadores?

—Son demasiadas preguntas —dijo ella, moviendo la cabeza, con pesimismo.

—Sí. Demasiadas preguntas. Y todas sin respuesta... por ahora —se inclinó. Besó la mano de Alma, cerca ya de la salida—. Adiós, señora. Espero que cuando volvamos a vernos, pueda comunicarle algo concreto sobre todo esto.

—Yo lo espero... y lo deseo. Por el pobre Barnaby. Nosotros nunca fuimos un matrimonio perfecto. Pero fue culpa de ambos. Él no merecía una suerte tan terrible...

Dave Cameron se alejó. La residencia de Alma Sloan quedó atrás, con sus figurillas históricas y sus reliquias del Antiguo Egipto. El federal americano regresó hacia el centro de Alejandría.

De retomo al Capri Hotel, donde le esperaba Saddie Brand, la muchacha que suplantó a la desaparecida Patricia Sloan.

CAPÍTULO VII

PELIGRO DE MUERTE

Saddie Brand tiró a un lado el periódico inglés que le trajera un «botones» del Capri Hotel. Bostezó suavemente, desperezándose. Ya había leído todo lo que le pareció interesante. Y Dave Cameron, su compañero de viaje, aún no había regresado al hotel, a pesar de que prometió ser rápido en el retomo.

Se puso en pie, yendo al teléfono interior. Alzó el auricular y pidió a la centralilla contacto con el restaurante del hotel. Una vez establecido, solicitó:

—Súbanme la cena, por favor.

—Creímos que quería esperar a su amigo, el señor Cameron.

—Sí, sí. Pero tengo apetito. Prefiero cenar ahora.

—A su gusto. Ahora lo subirá nuestro camarero, señorita.

Saddie dio las gracias, colgando el aparato. Luego se dirigió a su bolso. Extrajo un paquete de cigarrillos, dentro de una pitillera de plata y piedra negra, con dos iniciales también de plata: S. B.

No le gustaba mucho fumar. Pero esta vez era distinto. Encendió un cigarrillo. Fumó, pensativa, yendo hasta la ventana de su cuarto. Miró al exterior. Alejandría no parecía una vieja ciudad egipcia. Aquel raudal de luces multicolores, de parpadeantes luminosos y moderno tráfico entre edificios que rivalizaban con las viejas mezquitas, era como si Egipto empezara a dejar allí mismo su tradición de milenios, arrollado por el progreso.

Consultó su reloj. Las siete. Era tarde ya. Caía la noche con rapidez, y sólo la luminosidad de los fluorescentes, los escaparates y los anuncios, disipaban las penumbras de la tarde egipcia. La misma

tarde que estaría viendo, en su crepúsculo rojizo, la grandiosidad de las Pirámides y de las viejas tumbas...

La residencia de Alma Sloan no debía distar tanto del centro. Seguramente Dave Cameron se hallaba en algún otro lugar. Y Sddie experimentaba la rara impresión de que sin el joven federal a su lado, algo no funcionaba bien. Existía tal vez un oculto, inexplicable peligro. Sddie hubiera querido saber cuál era, de dónde podía proceder.

La llamada en la puerta la sobresaltó. Rápida, giró la cabeza, mirando hacia allá, sin responder. Por un momento, lamentó estar sin armas. Si Cameron, el agente del FBI la hubiese dejado su pistola automática...

Luego, cuando se repitió la llamada, recordó que había pedido la cena. Y una voz, en inglés lento, imperfecto, habló al otro lado de la puerta:

—Su cena, señorita Sloan...

Ella acudió, con un respiro de alivio. Abrió la puerta. Un camarero de blanca chaqueta, inclinado sobre un carrito con bandeja, en el que aparecía una comida compuesta de tres platos, a la usanza inglesa y no egipcia, por fortuna para el paladar de Sddie, entró en la estancia, arrastrando el carrito con un simple:

—Buenas noches, señorita Sloan.

Cruzó la mitad de la sala. Sddie se dispuso a cerrar la puerta. Justamente entonces, alguien saltó dentro de la estancia, procedente del corredor.

Sddie gritó, al tiempo que el hombre se abalanzaba sobre ella, cerrando tras de sí, de golpe, y cubriendo con la mano la boca de la muchacha.

Ella, rápida, le lanzó un mordisco que hizo aullar al hombre. Sddie, rápida, gritó, volviéndose hacia el camarero:

—¡Socorro! ¡Avisé a la policía, por favor! ¡Es un asesino!

Pero se llevó la segunda y desagradable sorpresa. El camarero que se alzaba ya, soltando el carrito, no era un egipcio. Su tez era blanca, su aspecto macizo, podía corresponder a un inglés o un americano, nunca a un nativo del país.

Con dura sonrisa, replicó el falso camarero:

—Lo siento, señorita... No creo que nadie llame a la policía ahora...

—¡Sujétala, Bellamy! —rugió el otro, rehaciéndose tras la violenta dentellada de Saddie—. ¡No debe escapar con vida!

—¡Ustedes están locos! —gimió ella—. ¡Yo soy Saddie Brand! ¡No hagan caso del nombre con que me registré...!

—Esto no es cuestión de un nombre u otro, jovencita —rió el llamado Bellamy—. Hemos venido *por usted... sea* quien sea.

Del interior de su chaqueta blanca extrajo algo que el auténtico camarero del hotel jamás hubiera llevado. Una pistola automática, provista de silenciador. Apuntó con ella a Saddie. El otro hombre, cubriendo la puerta, impedía todo intento de fuga.

—Cuando su amigo, el federal, llegue al hotel, será demasiado tarde ya —suspiró Bellamy—. Créame que siento terminar con una criatura tan hermosa, Pero no hay otro remedio. Se deben obedecer las órdenes recibidas, sean cuales sean...

—¡Noo! —chilló Saddie, angustiada, extendiendo su mano crispada.

Bellamy se dispuso a hacer fuego. Estaba de espaldas a la vidriera de la galería posterior del hotel, en la que grandes macetones con palmas daban al lugar una nota de vegetación y frescor. No pudo advertir que, de súbito, uno de los macetones parecía cobrar vida... y una figura humana saltaba sobre la vidriera, desgajándola estruendosamente sobre Bellamy.

Éste se revolvió, con un grito ronco, sobresaltado. Su arma se disparó hacia el techo, con un seco «¡ploc!», antes de que pudiera encararse con la lluvia de vidrios y la figura humana que, zambulléndose espectacularmente sobre él, le derribó por tierras.

Antes de que Bellamy pudiera hacer cosa alguna, recibió una serie de duros, cortos impactos en el rostro e hígado, que le derrumbaron aturdido. Su atacante se incorporó, sin importarle los arañazos sangrientos que cubrían sus manos y rostro.

—¡Cameron! —gritó Saddie, con estupor, incrédula y esperanzada—. ¡Usted!

Dave Cameron no le respondió, sino con una sonrisa. Había alcanzado la pistola silenciosa de Bellamy, cuando advirtió las intenciones del segundo rufián.

Éste se disponía a saltar sobre las espaldas de Saddie. En su mano derecha esgrimía una navaja automática, que desplegó su afilada, puntiaguda hoja, con un chasquido escalofriante.

Saltó sobre Saddle. Al mismo tiempo, Dave Cameron hizo lo único que cabía hacer para salvar la vida de la muchacha: apretar el gatillo.

Sonó el taponazo. Dave no quiso correr riesgos. Apuntó directamente a la cabeza del asesino.

Vio abrirse el orificio mortal en la sien del hombre armado de la navaja, Saddle se volvió, asustada, descubriendo lo que sucedía. Chilló, tapándose los ojos, cuando el asesino comenzó a caer, con un gesto de estupor, vidriados los ojos y flácida la mano, de la que huyó la afilada navaja, hincándose despunta en la alfombra de la habitación.

—¡Dios mío!... —gimió Saddle—. ¡Oh, no...!

Cuando el hombre se derrumbó sobre el pelo color ocre de la alfombra, estaba muerto. Dave lo sabía. Contempló al hombre caído a sus pies, y luego avanzó hacia el teléfono, descolgándolo.

—Comuniquen con la policía —pidió escuetamente a la centralilla—. Aquí hay un hombre muerto... y otro inconsciente.

Colgó después. Saddle se movió hacia él, apoyó una mano trémula en su brazo, mirándole con fijeza.

—Gracias, Cameron —jadeó—. Usted... usted sabía que esto iba a ocurrir.

—Esto, o algo parecido —asintió Dave—. Volví hace tiempo de mí visita. Estaba oculto en la galería, esperando...

—Entonces... Entonces me ha inscrito como Patricia Sloan, como cebo para los criminales, ¿no es cierto?

—Sí —afirmó Dave, con expresión grave—. Tenía que hacerlo, compréndalo. Usted era el cebo, Saddle. Siento haberlo tenido que hacer así.

—Pero ellos... ellos tienen a la auténtica Patricia Sloan... —musitó Saddle—. ¿Por qué venir a asesinar me a mí?

—No quieren correr riesgos —Cameron la miró fijamente—. Además, usted estuvo en contacto con los agentes de la Acme Agency, usted quizá vio a alguien, o sabe más de lo que a muchos conviene. Su vida peligra, Saddle. Ya es hora de que lo sepa.

—Si me descuido, me hubiese enterado tarde de ello...

—Estos pájaros deben de ser Bellamy y Newfield, los raptos de Patricia, —explicó Dave, sin responder a la cuestión—. Dos simples esbirros, a sueldo de alguien.

—¿Y ahora? ¿Qué sucederá?

—Costará trabajo que Bellamy hable... si es que sabe quién les paga. En cuanto al otro, no volverá a hablar nunca más. No creo que el mundo pierda mucho con él.

—¿No se verá usted en dificultades? Está en un país extranjero y...

—No tema. Trabajo de acuerdo con las autoridades egipcias. Ellos colaboran con nosotros. Las autoridades se unen cuando hay que combatir al crimen. Especialmente el tráfico de drogas. Es el crimen más cobarde y repugnante de todos.

—¿Está ya seguro de que hay drogas por medio?

—Sí. Ahora estoy más seguro que nunca —afirmó Dave.

—Yo no puedo estarlo tanto —musitó Saddie, contemplando a los dos hombres inertes.

—¿Por qué?

—No sé. Tengo la impresión de que hay algo más. ¿Por qué tuvieron que matar a Barnaby Sloan en Nueva York? ¿Por qué desear también la desaparición de Patricia Sloan, la suplantación por otra mujer y todo eso?

—Me gustaría poder responder también a todo ello —suspiró Dave Cameron—. Quizá tanto Calfax como Barnaby Sloan sabían lo del tráfico de drogas. Calfax pudo informar a Sloan. Y esa información le condenó a muerte. Luego, convenía desconcertar a la policía. Raptaron a Patricia, acaso por estar enterada de lo mismo. No olvide que ella habría el correo de Sloan. Pudo enterarse de algo que la hacía peligrosa. Y se la eliminó.

—¿Y la mujer de los ojos verdes? ¿No era ella, por tanto?

—Podría serlo. Si Patricia Sloan era la destinataria de esas drogas, y su tío Barnaby se enteró, todo se explicaría. Pero siempre he pensado que ella era inocente, y quiero seguir pensándolo.

—¿Tanta fe tiene en Patricia Sloan sin conocerla? —preguntó Saddie, mirándole curiosa, fijamente.

—Bastante —aceptó Dave, con una sonrisa—. Quiero creer en ella, eso es todo.

—¿Y en mí? ¿Cree usted?

—¿En usted? —Dave puso un gesto burlón y grave a la vez—. Bien mirado, tiene los ojos verdes también. Podría ser la mujer que vio Barrow. Además, se parece a Patricia, por lo que el error sería

más comprensible. Sí, usted podría ser el asesino, Sddie.

—¿Y mis motivos?

—Ya se los dije: las drogas. Usted, entonces, en vez de ser la mujer metida en el lío por voluntad ajena, inocente de lo que sucede, sería la astuta desorientadora de la policía, fingiendo ser Patricia Sloan, para luego revelar su auténtica identidad... mientras la verdadera Patricia era eliminada. En el mundo de los clubs nocturnos, el «streap-tease» y el «vaudeville», es fácil cosa tener contacto con el ambiente de los narcóticos y sus traficantes. ¿O tal vez, no, Sddie?

—Supongo que eso, usted lo sabe muy bien —sonrió ella, algo hostil—. Los hombres del FBI nunca se equivocan, ¿no es cierto?

—Casi nunca —aceptó Cameron, con una mueca—. No me tome en serio, Sddie. Dije que usted *podía* serlo, no que yo *creyese* que lo era.

—Muy bien. ¿Y la señora Sloan, la esposa de Barnaby?

—Alma Sloan es una mujer calculadora, inteligente y bien situada. Podría ser culpable, si no fuera porque sus ojos no son verdes. Pero eso no es todo. Alma Sloan tiene un negocio importante. Sería estúpido echar a rociar algo así, por meterse en una aventura tan peligrosa como el tráfico de drogas, utilizando para ello sus remesas de objetos artísticos... Es lo bastante lista para saber que eso, más bien pronto que tarde, se descubriría. Y matar a Calfax sería un error, porque eso también se asociaría con ella.

—¿Descartada, pues?

No, no del todo. A fin de cuentas, era esposa del hombre asesinado. Sigue siéndolo legalmente. Eso significa que heredará una fortuna.

—Si no la hereda Patricia Sloan —apuntó Sddie.

—Eso es —Dave sonrió—. Y si Patricia Sloan vive, resultando ser heredera. En otro caso, la fortuna sería para Alma Sloan. Pero eso son cuestiones de dinero, que nada tienen que ver con un tráfico de drogas y una organización internacional como ésta.

—¿No queda nadie más?

—Tal vez Kheffa.

—¿Kheffa? —se sorprendió Sddie Brand.

—Sí. Un tal Kheffa, ayudante y colaborador de Alma Sloan. Un egipcio con estudios. Podría ser el cerebro de la organización. O

sólo un peón, vaya usted a saber.

—Y utilizando el negocia de Alma Sloan, a espaldas de ésta.

—Sí. —Dave estudió a Saddle con repentino interés—. Oiga, eso es una gran posibilidad, digna de tenerse en cuenta. La recordaré, no le quepa duda.

En aquel momento ulularon las sirenas en la calle, frente al Capri Hotel de Alejandría. Dave Cameron sonrió alentador a Saddle Brand.

—Ya tenemos ahí a la policía egipcia —dijo—. Espero que se hagan cargo de todo. Y que, en lo sucesivo, ellos cuiden de protegerla a usted, junto conmigo.

—¡Dios mío! —Se estremeció Saddle, algo pálida—. No es agradable saber que una sirve de cebo a una pandilla de criminales internacionales, sin el menor escrúpulo.

—No, no es agradable. Pero quizá sea la mejor forma de ganarse la tranquilidad definitiva. De momento, han caído dos en la trampa. Espero que algún día caiga también el responsable de todo esto. El hecho de haber enviado a esos pistoleros a su habitación, significa que, por primera vez, ha empezado a sentirse inseguro, y apela a medidas extremas. El fracaso de su golpe más bien le pondrá nervioso, y es probable que entonces de otro paso en falso. Eso sería el principio del fin para nuestro incógnito adversario.

—Y, tal vez, para mí también —sentenció lúgubre mente Saddle.

Dave se echó a reír. Rodeó sus hombros con un brazo firme, musculoso, que sabía ser a la vez afectuoso y cordial. Palmeó la espalda de la bella pelirroja, murmurando alentadoramente.

—Vamos, vamos. Estaré siempre cerca de usted, para ayudarla en todo, muchacha. ¿No tiene fe en mí?

Saddle le contempló. Con sus enormes, centelleantes ojos verdes. Luego, inclinó la cabeza, afirmando despacio:

—Es raro... —musitó—. Muy raro.

—¿El qué?

—Apenas le conozco, Cameron. Y sin embargo, tengo una gran fe en usted. Sí, confío mucho en usted... y me siento muy sola cuando no está a mí lado.

—No tema. Aunque a veces no se lo parezca... siempre estaré a su lado. Siempre, Saddle... mientras dure el peligro.

Golpearon en la puerta. Era la policía. Dave fue a abrir, mientras

Saddie, con una sonrisa, movía la cabeza afirmativamente.

En el suelo, Bellamy comenzaba a agitarse, volviendo en sí. Cuando abrió los ojos, varios funcionarios de la policía egipcia le rodeaban, armados de cortas metralletas. Un mal despertar para Bellamy, que gimió algo entre dientes y volvió a cerrar los ojos.

CAPÍTULO VIII

OTRA VEZ LA MUERTE

—Es inútil —suspiró Abdel Sakar, jefe de la policía local destinada a Homicidios—. El tal Bellamy resulta duro de pelar. No hablará, señor Cameron.

—Lo imaginaba. De todos modos, no creo que tenga mucho que decir.

—¿Por qué imagina eso?

—Si el culpable se oculta tan celosamente de todos, no es probable que se deje ver de sus esbirros, ni de la cara para alquilar asesinos a sueldo. No, no va con nuestro incógnito adversario. Más bien creo que se servirá de otros intermediarios para no mostrarse nunca en público... o no sería tan inteligente como yo imagino.

—Inteligente... y feroz. Había resuelto la ejecución de esa muchacha, sin pararse en obstáculos...

—Sí, con un ser así nos enfrentamos. Por eso hace falta el esfuerzo de todos nosotros. O terminaremos siendo burlados.

—Nuestro inspector de Narcóticos, Ross Farath, está ocupándose de investigar en los envíos de antigüedades y obras de arte a Occidente —informó Abdel Sakar—. Es un hombre muy inteligente y capacitado, y dispone de un buen Departamento. Ya comprenderá usted que el Gobierno egipcio debe dedicar especial atención a las drogas, que este país produce fácilmente, como una tentación para los grandes traficantes mundiales.

—Sí, entiendo eso muy bien. No tengo prueba alguna que encasille el asunto en la cuestión de las drogas, pero temo que sea ésa la orientación que debemos seguir. Es una corazonada.

—La corazonada de un federal americano es casi una convicción —sonrió el policía egipcio—. Además, para serle sincero, yo también relaciono el asunto con una banda amplia y bien organizada, que opera entre los Estados Unidos y Egipto. O esos asesinatos, la desaparición de la sobrina del millonario americano y todo lo demás, carecería absolutamente de sentido.

—Hay otros tráfico igualmente ilegales, como armas, joyas y documentos secretos. Pero no creo que estemos ante nada de eso. El origen de todo está aquí, en Oriente Medio. Concretamente, en Egipto. Por tanto, hay un noventa y cinco por ciento de probabilidades de que sean estupefactantes lo que anda por medio.

—Y otro cuatro por ciento de ese cinco restante —rió Abdel Sakar. Meneó la cabeza de un lado a otro—. Si al menos diéramos con el conducto, el sistema de envío, la posible ramificación de este caso...

—Calfax no tenía personas allegadas a él, amigos o compinches que pudieran ser parte de algo delictivo, ¿no es cierto? —señaló de pronto Dave, siguiendo uno de los numerosos hilos de sus pensamientos.

—No creo —negó el policía—. Al menos yo, no sé qué frecuentara amistad alguna. Iba de vez en cuando al «Karnak», pero eso era todo, según mis informes.

—¿El «Karnak» ha dicho? ¿En la antigua Thebas del Imperio Faraónico? —se sorprendió Dave.

—¡Oh, no! —rió de buena gana Abdel Sakar—. Ni mucho menos, mí querido amigo. Me refiero a un club nocturno de Alejandría. Un lugar mezcla de moderno, frívolo y solemne, decorado al estilo del Antiguo Egipto, y con algunas piezas valiosas, de auténtico museo, adornando sus salones. No en vano lo regenta un hombre entendido en Arte Antiguo... y por cierto, uno de los pocos que se relacionaba con frecuencia con el tal Calfax, Callico o como se llamara.

—¿Y quién es ése?

—Marko. Marko Kheffa.

—¡Kheffa! —Dave pegó un respingo—. ¿El auxiliar y colaborador de Alma Sloan en su negocio de adquisición de piezas de arte?

—Sí, el mismo. Un italo-egipcio muy culto y bien preparado.

Aunque creo que a veces «toma» narcóticos.

—¿De veras?

—Sí. Le he visto en ocasiones presa de una excitación rara. O tiene mucho genio, o realmente se droga. ¿Cree que Marko Kheffa tiene algo que ver con...?

—No lo creo —musitó Dave, ceñudo, incorporándose y meneando la cabeza con energía—. Empiezo a estar seguro de ello.

—¡Señor Cameron! —se sorprendió el funcionario local—. ¿Eso es grave...?

—Ya lo sé —Dave se frotó la mandíbula—. Creo... Creo que esta noche haré una visita al local de Marko Kheffa...

—Por Alá, evítame líos. Kheffa tiene amigos influyentes, y mi puesto podría peligrar sí...

—Descuide. Por mi parte, no complicaré las cosas —rió Dave—. Voy en simple viaje de inspección. Y me acompañará, por supuesto, Saddie Brand. Le ruego que vigile bien, y lo más disimuladamente posible, aunque yo no la perderé de vista. Alguien podría ponerse excesivamente nervioso en «El Karnak».

—¿Va a llevar a esa chica? —Parpadeó Abdel Sakar—. No es el lugar más recomendable, créame. Hay... Hay «streap-tease» y todo.

—Magnífico. Es, justamente, la especialidad de mí buena amiga Saddie Brand... No creo que le escandalice ver lo que ella misma hace cada día en su país.

—¿Esto es un club nocturno o una tumba faraónica?

La pregunta la hacía Saddie, sorprendida, con una mirada inquisitiva en torno suyo. Dave Cameron sólo atinó a responderle:

—Bueno, parece difícil definirlo concretamente. Esperemos a aclararlo luego, ¿no le parece?

—De acuerdo —sonrió ella, estudiando con gesto de asombro las grandes esfinges, las figuras de piedra, los sarcófagos adosados a las columnas, las pinturas murales, reproducciones de las tumbas más famosas del Valle de los Reyes, y tantos y tantos detalles, hasta el macabro y alucinante de dos momias envueltas en vendajes, que parecían auténticas, flanqueando como extraña guardia la plataforma de la orquestina.

El personal vestía a la europea en su mayoría, los camareros un exótico tocado que falseaba la auténtica indumentaria del Antiguo Egipto, y la orquestina, en incongruente contraste, el uniforme

brillante de cualquier agrupación musical de París, Londres o Nueva York.

La música, tenue y lenta, era a base de *blues* y *slows*. Las parejas bailaban en una semipenumbra cómplice de sus susurros y de sus íntimas confidencias, estrechamente enlazadas.

Un camarero dio a Dave y a Saddie una buena mesa, cerca de la pista, cuando vio la propina en dólares que Cameron deslizaba en su mano. Le informó en inglés de que aquella pieza era el último bailable, antes del *show* de la noche.

—Gracias —murmuró Dave—. Dé mis saludos a Marko Kheffa, si lo ve. Me gustaría estrecharle la mano...

El camarero no dijo nada. Se alejó, caminando silenciosamente por entre las mesas, tras pedir Dave dos consumiciones. Luego miró éste a Saddie, que le sonrió al otro lado de la mesa.

—¿Contenta en su noche libre? —preguntó.

—Sí —dijo ella, mirando en torno con poca seguridad—. Pero me pregunto...

—¿Qué?

—Lo fácil que sería matar aquí a cualquiera, sin que uno pudiera ver de dónde llegaba la muerte...

—Por Dios, no piense cosas tan horribles, Saddie. La he traído aquí para que olvide todo eso.

—Pues equivocó el lugar. ¿No ha notado que es terriblemente fúnebre y oscuro?

—Pero aquí venía Calfax. Y aquí trabaja un caballero a quien deseo conocer: Marko Kheffa.

—¿El socio de Alma Sloan? —Se sobresaltó Saddie.

—Eso es.

—¿Por eso estamos aquí? —Saddie apretó los labios—. Debí imaginarlo. Usted no piensa en divertirse, sino en buscar a sus enemigos incansablemente. Y utilizándome a mí como cebo humano...

—Usted sabe que no le oculto nada, ni finjo lo que no es. Sólo que en esta ocasión, no temo que corra peligro alguno. No aquí. Sería demasiado... arriesgado para Kheffa.

—¿Cree que él está metido en el lío?

—No lo creo. Estoy seguro —sonrió Dave fríamente—. Kheffa forma parte del rompecabezas. Sólo me falta saber dónde lo sitúo...

—Me pareció oír mi nombre, señor. Y el camarero dijo que preguntaba por mí...

La voz sonó a espaldas de Dave Cameron. Éste se volvió vivamente, y Saddie dio un pequeño respingo en su asiento, que hizo sonreír al hombre alto, moreno, de impecable traje europeo, color ocre, fez rojo sobre su negro cabello, y ojos oscuros y profundos, fijos en ellos. Su nariz era halconada, su faz bronceada, sus dientes níveos, blanquísimos.

—Por favor, no se asuste —sonrió más ampliamente el recién llegado—. No he pretendido sobresaltarla, señorita. Aunque sus ojos brillaban más hermosos con esa expresión suya de ahora... ¿Alguien le dijo que los tiene increíblemente verdes?

—Sí, me lo han dicho ya —replicó ella secamente—. ¿Usted es Marko Kheffa?

—El mismo, para servirles humildemente —hizo una inclinación cortés, casi reverente—. ¿Nos conocemos tal vez, señor... señor...?

—No —Dave no se movió de su asiento. Miraba fija, glacialmente, al italo-egipcio—. Mi nombre es Dave Cameron. Esta joven se llama en realidad Saddie Brand. Pero podía haber sido Patricia Sloan.

El rostro de Kheffa continuó imperturbable, y sus ojos no expresaron nada. Su amplia frente no mostró el menor pliegue de preocupación. En vez de eso, Kheffa sonrió, encogiéndose levemente, de hombros.

—Encantado de conocerle, señor Cameron. Creo, ciertamente, que mi colaboradora, la señora Alma Sloan, tiene una sobrina en los Estados Unidos, llamada así. ¿Es también ella pelirroja y de ojos verdes?

—Creo que sí —sonrió Dave cínicamente—. Luego se lo preguntaré a Floyd Bellamy, en la cárcel. Lástima que no pueda hacer igual con Roy Newfield. Ése está muerto. Tuvo menos suerte que Bellamy...

Los ojos del federal no se apartaban un solo instante de Kheffa. Esta vez, algo imperceptible apenas, una contracción levísima en el fondo de sus pupilas, acusó el golpe súbito de Cameron.

—Lamento no poderle seguir la conversación, señor Cameron —recitó secamente Kheffa—. No conozco a los caballeros que cita.

—Oh, lástima —rió Dave—. A Calfax sí le conocía, ¿verdad? Me

refiero a Serge Calfax, llamado también Bruno Callico. Un buen amigo suyo, ¿no?

—¿Calfax? —Frunció el ceño, fingiendo recordar. Los negros ojos no se desviaban de Dave. Parecía una serpiente, queriendo fascinarle—. Oh, sí, le conocía algo, no mucho. Murió el pobre...

—Sí. Como Barnaby Sloan, en los Estados Unidos —suspiró Dave—. Cosas que ocurren, amigo mío. Cosas inevitables, claro está... Bien, no le molesto más. Hemos venido a su local a celebrar algo realmente digno de Celebración.

—¿De veras? —sonrió, sardónico—. ¿Tal vez se han prometido?

—No —Dave enarcó las cejas. Miró a Saddie—. No sería tampoco mala idea, ahora que lo dice, Kheffa. Pero no es eso lo que hemos venido a celebrar, sino el fin de un misterio.

—¿El... fin? —puntualizó Kheffa agudamente, entornando maliciosamente sus ojos.

—Sí, ha oído bien. El fin de un tráfico muy productivo. Y de unos crímenes estúpidos... que sólo servirán para hundir a sus autores. Después de todo, Patricia Sloan aún vive... y vivirá para ver el fin de la aventura. Que está muy próximo, amigo mío.

—Sigo sin entenderle. Y eso que estudié en Inglaterra, y creo conocer bien su idioma, señor Cameron —sonrió Kheffa—. Debe ser porque habla de cosas que no entiendo...

—Oh, sin duda —asintió Dave, sarcástico—. Ya lo entenderá pronto, mi amigo. Muy pronto... Ha sido un placer saludarle. Buenas noches. No debe molestarse más por nosotros...

Marko Kheffa se inclinó ceremonioso. Pronunció una despedida y se alejó. Saddie, estremeciéndose, aferró la mano de Dave sobre la mesa. El federal notó que tenía los dedos fríos y húmedos.

—Tengo miedo, Dave —silabeó—. Mucho miedo...

—Vamos, calma —le sonrió Cameron. Luego arrugó el ceño—. ¿Sabe una cosa, Saddie? Es usted realmente bonita. Ese tipo dijo algo realmente bueno. Lástima que no estemos prometidos...

Saddie enrojeció. Desvió la mirada de Dave. Justamente entonces se apagaron muchas luces de la oscura sala. Un haz de luz multicolor iluminó en la pista a una muchacha morena, bronce puro bajo unas gasas tenues y un traje de pedrería, que descendía hasta un profundo descote, terminaba bajo el seno, dejando al desnudo su vientre sinuoso, y luego reanudábase en las opulentas caderas, que

ella comenzó a agitar en un baile sensual y lánguido, a compás de una música moruna.

Comenzó el «streap-tease». La chica tenía arte para hacerlo. Dave miró de soslayo a Saddie un par de veces. Descubrió que contemplaba como fascinada el, espectáculo. Al advertir que Dave la miraba, se estremeció, enrojeciendo violentamente. Hizo un gesto de incomodidad, dejando de mirar hacia la pista.

—Me... Me avergüenza ahora... No puedo remediarlo, Cameron. Ya ve usted en qué consiste mi trabajo...

—Sí, ya lo veo —sonrió Dave.

La egipcia terminó sus prendas, y por ello acabó el número. Una gran ovación saludó la labor de la mujer, que se inclinó a recoger sus prendas, en el momento en que se hacía el oscuro total en la sala, para el cambio de intérprete.

Saddie exclamó algo, alarmada. Dave, rápido, se incorporó, rodeando la mesa y cubriendo con su cuerpo atlético el de Saddie, sentada y encogida en su silla. Llegó justamente a tiempo.

Alguien, en la sombra, cayó sobre Saddie. Una cosa silbó en la oscuridad. Debía de ser muy punzante, para hacer aquel ruido en el aire. Dave sintió que rasgaba su ropa un borde afiladísimo, sin cortar la piel. Luego sus manos captaron la presencia de un cuerpo, de un rostro. Y le martilleó brutalmente con su zurda, en el momento en que aferraba con la derecha la botella de soda de la mesa, y la estampaba con un estallido de vidrios en aquella cabeza.

Un sordo gruñido, algunos gritos al percibir el estruendo de vidrios rotos, y el chillido de Saddie, al sentir caer junto a ella el objeto cortante que rasgó las ropas de Dave, formaron una sinfonía alarmante en la oscuridad.

Luego, tan súbita como habíase ido, llegó la luz.

Se derramó un chorro de claridad sobre la pista, donde la «streap-tease» había actuado. Ella ya no estaba allí. En su lugar habla otra mujer. Pero esta caída de bruces, inmóvil... y con el mango de un cuchillo egipcio asomando entre sus costillas.

Saddie se incorporó, con un alarido terrible. Quiso salir de allí y no pudo. A sus pies, un hombre de ropas europeas y rostro árabe, barbudo y siniestro, yacía con la frente bañada de sangre, cubierto el cuero cabelludo de vidrios de la botella esgrimida por Dave Cameron. No se movía.

Saddie, convulsa, al borde de su resistencia para soportar horrores, dio un traspié sobre sus tacones, como si estuviese ebria. Señaló, intensamente pálida, hacia la figura que yacía en medio de la pista, y que ahora era el centro de cientos de miradas horrorizadas.

—¡Dios mío, Dave...! ¡Es ella! ¡Es ella...! —gimió, con voz rota.

Luego se desvaneció entre los brazos poderosos del agente federal. No había soportado ya más.

Policías egipcios, bien disimulados entre la concurrencia, brotaron de diversos rincones, acudiendo nació Dave Cameron y hacia la mujer muerta en la pista. Cameron señaló a ésta, con un movimiento de cabeza, cuando un oficial de la policía de Ab-del

Skar, pareció mirarle interrogativamente.

—Sí, oficial, esa muchacha es Patricia Sloan... La han asesinado.

En la pista, bajo la luz de los focos, la pelirroja no se movía. El cuchillo clavado en su espalda había asestado un golpe mortal.

Patricia Sloan acababa de hacer su mutis definitivo. Era algo que Dave Cameron no había podido evitar. El sabía, aun sin tocar el cuerpo de rojos cabellos, que aquella mujer llevaba muerta varias horas por lo menos.

Su aparición macabra y terrible, durante la oscuridad en que de nuevo intentaron asesinar a Saddie Brand, había sido como una respuesta cruel y monstruosa del asesino, a todos, sus retos anteriores.

—Aun así, no importa —silabeó Dave, cargando a Saddie entre sus brazos, como si fuese una pluma—. Sé *quién* eres... y sé también ahora *por qué* lo hiciste... Éste es el principio del fin... para ti, mi incógnito criminal.

No hablaba con nadie, no veía a nadie conocido en torno, ni siquiera al untuoso Marko Kheffa. Pero él, en su interior, sabía bien a quién dirigía las amenazadoras palabras...

CAPÍTULO IX

AL FILO DE LA VERDAD

—Usted tuvo razón —asintió Abdel Sakar con calma—. Patricia Sloan llevaba muerta varias horas. Exactamente doce... La asesinaron, ocultando su cuerpo. Luego, alguien lo arrojó a la pista, como un desafío macabro...

—¿Han arrestado a Marko Kheffa? —preguntó Dave sombríamente.

—No podemos hacerlo. Se le está interrogando. Afirma no saber nada de ese suceso. Estaba lejos de donde sucedió, a la hora de apagarse las luces, y puede demostrarlo. Tiene testigos de que se hallaba en el exterior del club nocturno en aquel momento. Si arresto a Kheffa con esas pruebas a su favor, me meterá en líos y saldrá absuelto.

—Lo creo. Kheffa no se arriesgaría a poder ser acusado de esa muerte... y de la fallida que intentaron en la persona de mí acompañante. Utilizó nuevamente esbirros suyos.

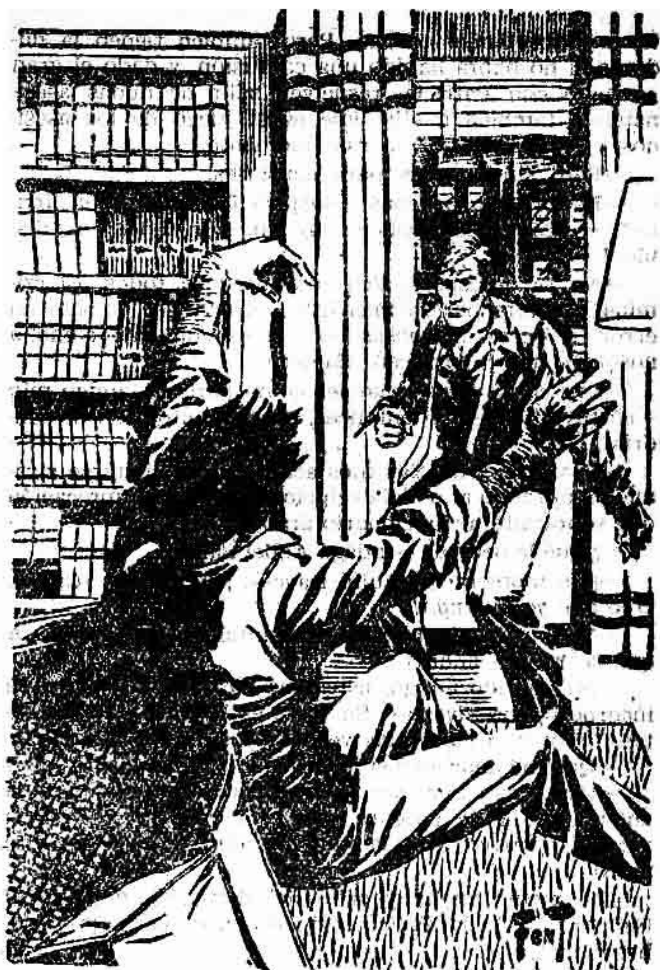
—Probablemente. Pero tampoco el hombre a quien usted malhirió con la botella, es empleado de Kheffa ni nadie le vio nunca en «El Karnak». Si es realmente Kheffa el culpable, es muy astuto, Cameron. Demasiado, para dejarse atrapar.

—Veremos —suspiró Dave—. Siempre se comete un error...

—Pero ¿está seguro de que es realmente él quien...?

—Sí. Seguro —afirmó Dave—. Kheffa lleva el negocio de drogas, y las saca de Egipto en los envíos artísticos a determinados agentes suyos de narcóticos en el extranjero. Un negocio bien montado. Que, de repente, se tambalea porque Calfax sospecha algo, y

temiendo verse de nuevo en la cárcel, por su vieja fama de traficante, resuelve tirar de la manta. Kheffa lo sospecha y le persigue. Nuestro Calfax resuelve escribir de algún modo a Barnaby Sloan, avisándole de lo que sucede. Sabe, sin duda, que Sloan es uno de los hombres que recibe drogas.



Cayó de espaldas y su enemigo se lanzó para rematarle

1—Cien

—¿Sloan traficaba en ellas? —se sorprendió el policía egipcio.

—Pero sin pruebas para acusarles.

—Eso es. Sin pruebas —suspiró Dave Cameron, irritado—. ¡Magnífico policía soy yo, por todos los diablos!

—No se desespere. Eso nos sucede a todos. El criminal siempre parece más listo... hasta que comete un error. A veces, las cosas no son exactamente como a nosotros nos lo parecen, Cameron.

—Las cosas *tienen* que ser como parecen, amigo mío —sostuvo Dave—. O entonces, este maldito caso no tendría...

Se paró en seco. Sus ojos acababan de dilatarse vivamente, mirando al policía egipcio. Lanzó una imprecación que sobresaltó al funcionario árabe.

—¿Qué le ocurre? —indagó Abdel Sakar.

—¡Un momento! —aulló Dave—. ¡Sí, es eso! ¡Creo... *creo que ya lo tengo!*

—No puedo entenderle —refunfuñó el egipcio—. ¿A qué se refiere ahora?

—Mi querido amigo, usted me ha dado la clave —se incorporó, con viveza—. Su frase es la clave... como antes fue otra la clave: los verdes ojos de Patricia Sloan.

—Que me ahorquen si le entiendo. ¿Se ha vuelto loco?

—Casi, casi. Pero loco de alegría. Ahora empiezo a entenderlo. Y le aseguro que esta vez... ¡esta vez sí vamos a barrer toda la podredumbre de este maldito caso!

Dio media vuelta y salió del despacho, dejando al funcionario de la Policía egipcia, entre perplejo y sobresaltado.

—¡Esos americanos...! —Sólo atinó a comentar, quizá con escasa originalidad, pero con muy buen sentido, dadas las circunstancias.

Parecían las mismas efigies de «El Karnak», el diabólico *night-club* de Alejandría regido por Marko Kheffa. Pero no lo eran. Aquéllas eran simple obra de un artista, no siempre inspirado, y no siempre fiel a la realidad. Éstas eran auténticas estatuillas de alabastro o de ónix, máscaras funerarias, sarcófagos de auténtica vetustez faraónica, papiros, reproducciones exquisitas y fieles a los originales del Valle de los Reyes o de las pirámides, de Luxor o de Memphis, Sakkara o Thebas.

Y en medio de todo ello, como una increíble, grácil y moderna sacerdotisa, Alma Sloan, la viuda de Barnaby. Con una extraña, innata elegancia que la hacía avanzar casi etérea entre tantos

vestigios de esplendor pasado, muerto en el Tiempo.

—¿Ha venido a despedirse tal vez, señor Cameron? —Fue su primera, lenta pregunta, con una sonrisa bailando en sus claros ojos celestes, que tanto recordaban a los de Daisy.

—Sí, señora Sloan. Pronto regreso a los Estados Unidos. No quiero hacerlo sin decirle adiós.

—Será mejor que diga «hasta pronto» —rió ella—. O «aloha», qué diría un hawaiano.

—Es difícil —meneó Dave la cabeza—. No pienso volver por Egipto en mucho tiempo.

—Pero yo me marchó a los Estados Unidos.

—¿De veras? ¿Cuándo?

—Hoy.

La sencilla manifestación de Alma Sloan hizo enarcar las cejas a Dave. Perplejo, indagó:

—¿Puedo preguntarle por qué, señora?

Alma Sloan asintió. Vestía de gris humo con adornos negros. Un luto digno de admiración, bajo el calor africano. Su mirada fue triste, cansada.

—Estoy harta. Harta de todo esto —hizo un ademán, abarcando cuanto había en torno, en la casita frontera al Sporting Club de Alejandría—. Está muerto, señor Cameron. Huele a vetusto, a apolillado. Temo que algún día yo también huela así.

—Todos olemos a apolillado o a muerto. Especialmente, cuando estamos muertos.

Alma se estremeció. Asomaron lágrimas a sus ojos, con un tenue velo húmedo. Movié la cabeza, penosamente.

—La pobre Patricia... —murmuró—. Yo nunca la conocí, señor Cameron. Pero era sobrina de Barnaby. Es horrible que haya sucedido todo eso.

—No del todo, al menos para usted —sonrió Dave lentamente. Hurgó en su bolsillo. Extrajo el papel inconfundible de un cablegrama—. Aquí dice que Barnaby Sloan murió dejando testamento. Patricia era heredera universal suya.

—¡Dios mío...! —Alma se estremeció—. No hable de esas horribles cosas.

—Esa «horrible cosa» es la fortuna de Barnaby, señora Sloan. Ahora le pertenece a usted. El cable asegura que es la única persona

viva que tiene lasos de familia con el difunto Sloan. Así que la felicito, al tiempo de darle mi pésame. Es usted rica. Muy rica. La fortuna de Sloan se elevaba a diez millones de dólares.

—Calle, por Dios —ella tembló, con una vibración convulsa de su labio inferior. Podía ser simple codicia o dolor—. Pienso renunciar a todo eso. No quiero dinero.

—¿Por qué no? Con ello no devolverá la vida a Barnaby Sloan, señora.

—Pero mantendrá mi vida al margen de todo ese horror, en lo posible —se apoyó en un sarcófago egipcio. Debió advertirlo de pronto y con un estremecí miento, se apartó. Casi contempló con angustia las familiares figurillas representando a Osiris, a Anubis, a las «plañideras» de los murales egipcios—. Es mejor así, créame.

—Allá usted, señora Sloan —Dave Cameron se encogió de hombros. Tendió su mano a la dama—. De cualquier modo, la deseo buen viaje. Espero que en los Estados Unidos tenga ocasión de reflexionar, y con una donación de un millón de dólares a alguna institución benéfica deje su conciencia y su vida en el sitio justo... con otros nueve millones en su propia cuenta corriente. Será lo sensato.

Ella parpadeó, como si le sorprendiera aquello. Como si hubiera pensado justamente eso, y el federal diese de súbito en el clavo, pensó Cameron.

—Adiós, señor Cameron —musitó ella, sin responder, irguiéndose ligeramente—. Créame que todo esto ha sido muy penoso para mí...

—Lo creo —Dave miró a las reliquias egipcias—. ¿Cierra su negocio en Alejandría?

—Sí. Me traería malos recuerdos.

—¿Y su amistad con Marko Kheffa?

—Simple contacto profesional —ella se estremeció ligeramente. Sus azules ojos miraron fijamente a Dave Cameron. Parecían limpios, ingenuos—. ¿Es cierto que se sospecha de él, en relación con la muerte de mi sobrina y de Calfax?

—Es muy posible que fuera él la persona culpable —aceptó Dave—. La policía egipcia le está acosando.

—Pero resulta raro que pudiese estar en la sala cuando aquello sucedió. Ya he declarado al jefe de Homicidios, a Abdel Sakar, que

yo estaba hablando con él, en la entrada principal de «El Karnak», cuando se apagaron las luces, sonaron los gritos y todo eso. El volvió adentro, y yo me marché en mi coche, asustada por si había pelea. A veces los árabes son terriblemente peligrosos en una disputa. Cuando él entró en la sala, recuerdo que volvían las luces. No pudo atacar a su amiga, la señorita Brand, ni tirar el cuerpo de... de Patricia a la pista.

—Oh, eso es posible. Un hombre como Kheffa tiene muchos esbirros, amigos o asalariados suyos.

—¿Cree usted de verdad en eso?

—Sí. Yo no tengo nada que hacer aquí. Kheffa es egipcio. Dirige una banda de contrabandistas de drogas. La engañó a usted, como engañó a otros. Creo que hace bien en cerrar su negocio, al menos temporalmente. Desde ahora, la exportación de antigüedades y obras de arte va a estar sometida a muchas inspecciones enojosas.

—Eso no me preocupa —manifestó Alma Sloan altivamente—. Si Kheffa se mezcló en un contrabando así, pagará su delito. Yo nada supe jamás, puede creerme.

—Y la creo —sonrió Dave—. Yo siempre he pensado que usted podía estar mezclada en el caso. Ahora deberé pedirle perdón. Sé que no pudo mezclarse en el asunto de las drogas. Ése era el juego personal de Kheffa y su pandilla. Usted, señora Sloan, está al margen.

Alma suspiró, al advertir la sinceridad en labios del federal. Impulsivamente, apoyó una mano en el brazo de Dave.

—Amigo mío, empieza incluso a serme simpático —murmuró—. Gracias por esa confianza...

—Carece de importancia. Usted es realmente inocente en todo ese turbio asunto internacional de las drogas.

—Espero verle de nuevo en nuestro país —dijo Alma lentamente, sin quitar sus ojos de Dave—. Podemos iniciar una buena amistad usted y yo...

Cameron se estremeció. Aquella mujer tenía algo. Algo alado y sensual, a la vez. Era una hembra suave y peligrosa. Capaz de envolver a cualquier hombre y fascinarlo.

—Sí. Creo que nos veremos en los Estados Unidos, señora.

—Llámeme Alma —sonrió ella, sutil—. Es un nombre bonito, ¿no cree?

—Sí, Alma. Mi nombre es Dave. Tampoco es feo, ¿verdad?

—No, Dave —suspiró ella.

E inesperadamente, se inclinó, empujándose sobre la punta de sus pies. Pegó suave pero intensamente sus labios a los de Dave. Éste sintió la embriaguez, un tenue, penetrante perfume a flor de loto...

Cuando Alma se apartó de él, le brillaban los ojos. Sí. Era una mujer llena de juventud, de sensualidad y de peligro para cualquier hombre. Dave Cameron respiró lentamente, sin desviar sus ojos de ella.

—No debió hacerlo —dijo despacio.

—¿Por qué?

—Ahora, todo será más difícil.

—¿Qué va a ser más difícil? ¿Separarnos?

—No sólo eso, Alma. Eres una mujer. Y eso lo complica todo. Casi acabo de advertirlo ahora.

—No eres muy amable en eso, Dave —sonrió ella coquetamente.

—Lo siento, Alma. No pretendo serlo. Lo malo es que llegue el momento de hablar las cosas seriamente, de enfilar la verdad al fin.

—¿La verdad? ¿Qué verdad? —se sorprendió ella.

—Es acerca de Patricia. Patricia Sloan, tu sobrina.

—Y bien, Dave; ¿qué ocurre con Patricia? ¿Acaso no fueron las cosas como me has dicho? ¿Me ocultaste algo sobre ella?

—Sí.

—¿Era... era culpable de lo de Barnaby? ¿Acaso se mezcló en ello, y luego fue muerta para sellar sus labios? ¿Es eso lo que quieres decir? Lo imaginé desde un principio, Dave, aunque no quise siquiera sugerirlo. Parecía tan:... tan monstruoso.

—Monstruoso —asintió Dave, encendiendo un cigarrillo. Ofreció a Alma, que rechazó con un gesto. Exhaló lentamente el humo, y habló con calma—. Todo fue monstruoso desde el principio, Alma. Y estuve a punto de no verlo, cegado por otras cuestiones. Era la típica situación en que los árboles no le dejan ver a uno el bosque.

—No te entiendo.

—Es simple. Las cosas parecían claras. Más aún, diáfanas. Drogas, una banda internacional operando, y todo eso. El tinglado perfecto, para cegar a los tontos. Confieso que fui un gran tonto. De no ser una frase de ese policía egipcio, Abdel Sakar, quizá nunca

hubiese visto claro. Él me dio la clave, Alma.

—Continúo sin comprender, Dave. ¿Quieres ser más claro?

—Sí, Alma. Ahora mismo lo seré. Estamos al borde de la solución definitiva. Es el momento de las aclaraciones. Así lo haría un novelista.

—Esto no es una novela, Dave.

—No, no lo es. Los personajes son de carne y hueso. Por eso resulta más difícil desenredar la madeja, acusar y ser implacable. Hasta los perversos son humanos, en el fondo. Terriblemente humanos, Alma...

—Continúas siendo enigmático, oscuro. ¿A dónde vas a parar?

—A eso, a la verdad. La que nos ocultaban las apariencias.

—¿Quieres decir... quieres decir que no hay tal tráfico de drogas, Dave?

—Hay tráfico de estupefacientes, sí. Un buen negocio que justificaría los asesinatos. Pero da la casualidad de que ni Calfax, ni Barnaby ni Patricia iban a morir por esas drogas. Calfax sabía lo del tráfico, pero no hablaría de ello a nadie. Era perro viejo en el asunto. Con mantenerse al margen, asunto concluido. Pero cuando supo lo de las drogas, supo otras cosas más. Cosas que le aterraron. Se planeaba una serie de asesinatos, y una de las víctimas era precisamente su cliente, el mejor que jamás tuvo, aquél con quien iniciaba su negocio como vendedor de antigüedades. Barnaby Sloan iba a morir. Lo supo porque sorprendió una conversación entre dos personas, y tuvo miedo. Su conciencia había empezado a orientarse, era un hombre con afán de ser honrado. Y le hacían falta, clientes como Sloan para seguir siendo honrado y no ceder a las fáciles tentaciones de su antigua vida.

—Oh, Dave, eso suena muy aburrido. Parece un folletín.

—Quizá lo sea. La vida está llena de folletines, Alma —sonrió Dave. Prosiguió luego—: Calfax, entonces, cometió un error; dar a entender claramente a alguien que *sabía* lo que se planeaba. Comenzó la cacería. Iban a matarle antes de que hablase. Calfax huyó, huyó sin duda, a través de la ciudad. Tuvo su ocasión de escribir a Sloan, advirtiéndole de que él y su sobrina corrían peligro de muerte. Envío la carta, aún no sé cómo. Y llegó a Nueva York, casi juntamente con el asesino, que también viajó en avión, para ejecutar su crimen.

Sloan no vio nunca aquella carta. Seguramente fue Patricia la que la tomó, y tampoco la abrió, sino cuando estaba ya camino de las Naciones Unidas o dentro del Palacio del Organismo internacional. Quiso avisar a su tío. Pira tarde. No respondían de la casa. Tal vez regresó, o tal vez no. Pero pensó inmediatamente que la Muerte había comenzado a actuar. Ella era la siguiente. Tuvo miedo. Sin embargo, fue a los sitios habituales, para emprender luego viaje a Egipto, por cuenta de las Naciones Unidas. Precisamente, su misión se relacionaba en algún aspecto con los narcóticos. Tengo referencias de las Naciones Unidas, llegadas hoy a mí hotel, por cable, que así lo confirman. Patricia, pues, estaba mezclada con ello; las drogas por un lado. Su propio peligro de muerte, por el otro.

—Pero tú dijiste que Patricia fue raptada en Nueva York, suplantada y traída a Egipto, donde la mataron. ¿No es eso lo que me revelaste primero?

—Es la versión aparente de los hechos. Pero algo sucedió, entre tanto. Algo con lo que no contábamos nadie. Ni yo, ni la policía... ni el asesino. Absolutamente nadie. Y era que Patricia Sloan resultaba ser una mujer endiabladamente inteligente y capaz de afrontar los peligros con audacia y decisión. Una mujer así, no podía ser una víctima fácil. Y no lo fue.

—Pero lograron eliminarla, a pesar de todo —suspiró Alma, tristemente.

—No. Alma —sonrió Dave—. NUNCA ELIMINARON A PATRICIA SLOAN.

—¿Eh? —Ella dio un respingo, enarcó las cejas y miró con estupor a Dave—. ¿Qué estás diciendo? ¡Si hoy mismo he visto su cuerpo en el depósito y...!

—Has visto el cuerpo de la muchacha pelirroja a quien TU ORDENASTE ASESINAR, COMO ASESINASTE A TU ESPOSO BARNABY Y A CALFAX... —acusó fríamente Dave Cameron—. Pero esa muchacha ¡NO! ¡ERA PATRICIA! Porque Patricia Sloan ES LA JOVEN QUE ME ACOMPAÑA A MI, FINGIENDO SER SADDIE BRAND...

CAPÍTULO X

«CLAVE: OJOS VERDES»

Reinó un silencio de muerte en la estancia. Dave Cameron aplastó lentamente su cigarrillo en un cenicero de cobre, con figurillas de una dinastía egipcia. Sin intervalo, encendió otro. Miró a través del tenue humo al rostro de Alma Sloan.

Estaba lívido, convulso. Sus ojos brillaban con terror. Pero mantenía ferozmente su serenidad, erguida frente a él.

—¿Bromeas, Dave? —dijo roncamente—. Es algo de muy mal gusto eso...

—Pero real, mí querida Alma —suspiró el federad—. Absolutamente real, de arriba abajo. Lo siento por ti, pero el velo ha comenzado a caer. Es... Es como un «streap-tease», querida. Un trágico «streap-tease» de tu alma y de tu oscura verdad. Las piezas se sueltan de tu ser, desnudándolo. Y no es un desnudo agradable, Alma.

—¡Oh, Dave, es insoportable que sigas hablando así, como si realmente me acusaras a mí de algo tan horrendo e inconcebible!

—Horrendo e inconcebible. Tú lo dijiste. Lo fue todo, desde su comienzo. Desde que planeaste matar a tu marido y tu sobrina, al saber la existencia de un testamento que te dejaría a ti, Alma Sloan, legalmente la esposa de Barnaby, pero a punto de dejar de serlo cuando vuestro divorcio se fallase, dueña de una enorme fortuna en dólares. Tu negocio no va bien, Alma. Todo esto que nos rodea son simples reproducciones sin valor excesivo. Y la obstinación de tu guapo socio, Kheffa, en traficar con drogas usando tu negocio, te acabaría por hundir. Lo presentías, y quisiste crearte tu posición

sobre un baño de sangre. Mataste a Calfax, usando a los esbirros de Kheffa, según conviniste con él, cuando descubriste que Calfax había descubierto tus planes de exterminio.

—¡Mientes, Dave! —Los ojos de ella llamearon.

—No miento. Y tú lo sabes. Luego partiste hacia los Estados Unidos, con nombre supuesto, con una peluca pelirroja y unos ojos verdes. Tus ojos tan claros, tan azules, Alma, son ideales para aplicarles lentillas de contacto de las que se usan en el cinematógrafo, con un profundo tono verde. Eso formaba parte de tu juego. Querías hacer desaparecer a Patricia, matar a Barnaby, permitir que alguien viese huir a una pelirroja bien formada, de verdes ojos. Los ojos verdes eran la clave de todo, Alma. No conocías a Patricia, sino por fotografías, pero sabías cuáles eran sus especiales características físicas. Hecho el juego, Patricia sería acusada de asesinato. Luego se la hallaría muerta, mientras la policía seguía el rastro de Saddie Brand, una actriz mediocre de «vaudeville», especializada en desnudarse en público.

—Sigues acumulando atrocidades, Dave. ¡Yo soy inocente, nada tengo que ver en todo eso! —chilló Alma, descompuesta.

—No, querida. No eres inocente. Lo planeaste todo a conciencia. Quizá te habría salido bien... si Patricia Sloan no hubiese recibido la carta de Calfax, leyéndola antes que nadie, pero sin tiempo para poner en guardia a su tío y salvarle la vida. Supo que peligraban su vida y la de Barnaby, aunque Calfax no citaba al culpable, si bien diría que residía en Egipto. Y aquí entra la astucia de Patricia. Ella teme sufrir un atentado, ser secuestrada. Especialmente, cuando descubre en el bar del aeropuerto o en otro lugar parecido, a una pelirroja *de ojos verdes*, que parece seguirla y esperar algo.

»La mente de la joven Sloan actúa rápidamente. Atrae a la tal pelirroja con algún pretexto, la encierra en un lavabo, la interroga a viva fuerza... y ella confiesa, asustada. Patricia comprende el plan. Actúa sin perder tiempo. Maquilla y peina de modo distinto a la actriz de bulevar, y ella se cambia de ropas con ella y también altera su peinado y maquillaje. El cambio resulta notable. Unos andares provocativos, un aire de mujer vulgar, lo completa todo. Deja sin sentido a la actriz, de un golpe. Creo que la tal Saddie Brand, en la realidad, era un elemento del hampa, que no tenía escrúpulos en prestarse al juego. De ahí el afán de todos, más tarde,

por borrar también del mapa a quien creían era Saddle.

—¡Es absurdo todo eso!

—No, no es absurdo —rió Dave, mirándola con sarcasmo, descubriendo su inquietud, su creciente palidez, la expresión angustiada y acosada de sus ojos claros—. Ahora ves que digo la verdad. Ellos, sus compinches, tampoco conocían bien a Patricia. Cuando la que creyeron su compinche, la pelirroja Saddle, les vino a hablar en algún sitio de no mucha luz, explicando que la tal Patricia, la atacó y ella la había dejado inconsciente, Bellamy y Newfield ven la gran ocasión. Van al lavabo, inyectan el somnífero especial a la que creen es Patricia Sloan, y la llevan consigo. Patricia, con su actual papel de Saddle Brand, hace puntualmente todo lo que ella le dijo que debía hacer. Incluso usa la documentación preparada, como si ella no fuese la auténtica Patricia. No puede hacer nada por salvar a Saddle Brand, porque eso sería condenarse ella, y después de todo, Saddle se prestó voluntariamente al juego, aunque en principio la Acme Agency existiera. Pero la tal Saddle era perro viejo en cosas sucias, y no debió dejarse engañar.

»Yo encuentro, entonces, a Patricia Sloan. Ella habrá pensado muchas veces en sincerarse. Pero por un lado, tiene miedo. Y por otro, quiere llegar al fondo de la cuestión, vengar a su tío, haciendo justicia. De ahí su juego, siguiendo la farsa conmigo y con los asesinos. Aunque a veces, pequeños detalles acusan en ella a la mujer culta, inteligente y de rápida mentalidad, muy lejos de la mediocre figurilla de vodevil y “streap-tease” que ha de interpretar ante los ojos de todo el mundo, en un alarde de valor y de serenidad.

»Por tanto, un hecho hay cierto: Patricia sigue viva. Y tú, Alma, pierdes tu fortuna... como perderás la vida, en una incómoda silla de

Sing-Sing,

a tu regreso a los Estados Unidos...

—Creo que ha ido demasiado lejos, Dave Cameron —dijo fríamente una voz—. Usted averiguó muchas cosas... pero yo también. No soy tonto. No me dejé engañar, amigo...

Cameron giró la cabeza. Miró fijamente al hombre que aparecía, al fondo de la estancia. De súbito, todo parecía cambiar de nuevo,

volviéndose contra él.

Era Marko Kheffa el aparecido. Traía arrastrando en pos suyo a una mujer que luchaba, se defendía furiosamente, su roja melena en desorden. Las ropas de la falsa Saddie Brand eran inconfundibles. Su pelo rojo, también. Y cuando gimió de dolor, bajo un bofetón de Kheffa, mirando a éste, sus ojos verdes, de gato, centellearon malévolos.

Kheffa traía algo más que a la pelirroja. Empuñaba una automática del 9 largo, apuntada sobre Dave Cameron. Y a espaldas de éste, otros dos hombres habían aparecido en la estancia. Dos silenciosos, bronceados egipcios, armados de revólver chato, igualmente mortíferos.

—¡Imbécil! —jadeó Alma Sloan, mirando a Dave con odio. Hurgó en su muslo, bajo la falda. Extrajo una pequeña pistola de nacaradas cachas, de una funda especial, adherida a la parte superior de sus medias. Se acercó a Cameron con el arma mirándole maligna. Un arma pequeña. Pero de cerca, también podía matar—. Has cometido muchos errores, Dave Cameron. Pudiste olvidarte de que eras un polizonte, y compartir conmigo la fortuna de los Sloan... Me gustas de, verdad. Te hubiese podido hacer muy feliz, encanto... Pero te has buscado esto. Siento tener que matarte.

Dave siguió fumando, silencioso y taciturno. Exhaló dos nubes de humo más densas. Su cigarrillo se consumía. La estancia olía a flor de loto, el perfume de Alma.

No se inmutó el federal. Con una mirada a Kheffa, dijo lentamente:

—¿Cómo supo lo de Saddie Brand-Patricia Sloan?

—Pensé un poco —rió el italo-egipcio—. Y me pareció que esa chica tenía demasiada personalidad para ser una actriz de *cabaret* barato. Até cabos... He estudiado, Cameron. Y no soy tonto.

—Ya lo veo —rió Dave—. Perdí la partida, ¿eh? Pero si salgo vivo de ésta, Kheffa, ahora sí tengo pruebas contra usted. Secuestro, armas, amenazas de muerte...

—No son *amenazas*. No va a salir vivo de aquí, federal yanqui. Egipto no es América. Aquí, usted no es nadie. El país no se conmoverá por su muerte, puede estar seguro. Patricia le acompañará. Y Alma será dueña de su fortuna. Ha sido un plan demasiado audaz, porque pudo habernos enviado a todos a morir.

Pero saldrá bien... gracias a mí.

—Gracias a ti... —Silabeó, con desprecio, Alma Sloan—. ¡Tú fuiste quien estuvo a punto de echarlo todo a perder, por culpa de tu maldito negocio de las drogas!

Marko rió, sin contestar. Apuntó al pecho de la pelirroja cautiva.

—Le daré el placer de irse al infierno con un bonito espectáculo como regalo —dijo glacialmente—. Cameron, va a ver morir antes a esta bonita pelirroja... Cuando ella caiga, empezaré a tirar sobre usted.

Dave seguía fumando, imperturbable. Su voz sonó chirriante, dura:

—Un momento aún, Kheffa. ¿Seguro que ha sido tan listo? ¿Cree que no ha cometido error alguno?

Di egipcio enarcó sus negras cejas, desdeñoso.

—El iónico que cometió errores fue usted —masculló—. Y ahora los paga, tonto.

—Cuidado —avisó Dave—. Va a matar a una mujer. Pero NO ES PATRICIA SLOAN.

Kheffa rió burlón, disponiéndose a hacer fuego sobre la pelirroja. Fue Alma la que, de súbito, desvió el rostro, dilatando los ojos. Miró a la prisionera, de rostro inclinado, dócil y sumisa.

—¡Espera! —chilló Alma—. Ese cabello...

Avanzó de varias zancadas, tiró violentamente del pelo de la muchacha...

Estaba muy bien adherido y peinado. Tanto, que ella gritó. Pero la peluca roja quedó en las manos de Alma Sloan. Bajo ella, el pelo recogido, color castaño, de una muchacha desconocida, se mostró a los ojos atónitos de todos ellos.

—¡No! —rugió Kheffa—. ¡No es posible!

Alma juró algo horrible entre dientes. Hizo más todavía. Aferró la cara de la mujer violentamente. Abrió sus párpados, tirando de las pestañas. Dos pequeños discos transparentes, con un círculo verde en su centro, sonaron débilmente en el suelo. Las pupilas auténticas aparecieron tras las falsas: eran de un gris pálido, difuso.

La mujer resultó desconocida para todos, pese al maquillaje, que recordaba a Saddy-Patricia. Las obscenidades brotaron, tumultuosas, de labios de Alma. Se volvió, rabiosa, hacia Kheffa.

—¡Imbécil, torpe! ¡Esta mujer no es Patricia! ¡Has traído a otra

persona, disfrazada como ella! ¡Te engañaron, se burlaron de tu inteligencia, estúpido!

Pálido, convulso, horriblemente humillado, Kheffa miró con odio a Dave. Su dedo temblaba en el gatillo.

—Ese puerco americano... —jadeó.

—Era sencillo —rió Dave—. Tú me diste la idea, Alma. Un buen disfraz. Elegí a una chica inglesa, de Alejandría. Una muchacha valerosa, familia de un diplomático. Ella podía parecerse, con peluca y lentillas de contacto verdes, a la auténtica Patricia.

»Ocupó su lugar en el hotel. Y esperé a que Kheffa se las diera de listo... Un buen jugador de ajedrez prevé siempre la jugada del contrario... en especial si antes ha procurado que, muy hábilmente, la policía de a entender a su prisionero, con indirectas, y antes de dejarle en libertad, que la verdadera Patricia no ha muerto...

—No gozarás de tu triunfo, cochino federal —jadeó Kheffa—. ¡Morirás ahora!

Levantó su arma, para disparar sobre Dave. El humo del cigarrillo flotaba como niebla gris, espesa, sobre las cabezas de los presentes. El olor a loto era ahora muy intenso, dulzón y embriagador.

Uno de los hombres de Kheffa, a espaldas de Dave, se tambaleó y empezó a caer. La mano de Kheffa flaqueó, ante el estupor de éste, que parpadeó, como si sus párpados pesaran toneladas. Miró a Dave, sin entender, habló borrosamente:

—Te... mata... ré...

Pero el arma huyó de su mano. Se le doblaron las rodillas. Cuando cayó, ya lo hacía también la falsa pelirroja, con un gemido. Alma, estupefacta, vio caer en el acto al último de los esbirros de Kheffa.

—¿Qué... qué sucede...? —Silabeó, torpemente, con ojos llorosos, somnolientos, fijos en Dave Cameron.

—Mi querida Alma, la última jugada en la partida —rió Dave, aplastando el cigarrillo. Hablaba sin respirar—. La ampolla de somnífero estalló ya, dentro de mí cigarrillo. Buenos sueños, encantadora asesina...

Alma también dejó caer su pistola, sin llegar a utilizarla contra Cameron. Su cuerpo hermoso y altivo rodó a los pies de Dave. Rápido, este extrajo del bolsillo su pañuelo, se cubrió nariz y boca,

corrió a una ventana y la quebró de un golpe. El aire entró. Dave lo respiró a bocanadas.

Fuera, comenzaron a asomar cabezas egipcias, tras los matorrales de la carretera, y procedentes de los setos del Sporting Club de Alejandría.

Dave hizo una seña. Poco más tarde, los asesinos eran retirados de la casa por Abdel Sakar y sus hombres. Del aire, se disipaba ya el poderoso somnífero gaseoso, de olor a flores de loto.

—Resultó, ¿eh, Cameron? —rió el egipcio.

—Tenía que resultar. Había un riesgo, pero siempre hay que correr alguno, amigo mío. El somnífero en el cigarrillo no les haría sospechar. Y el olor a loto, se confundiría con el perfume de Alma Sloan. Yo recordaba muy bien su olor. Mis felicitaciones a sus químicos.

—¿Cree que sólo el FBI posee la magia de sus recursos? —dijo Abdel Sakar con legítimo orgullo nacional.

—No, creo que no. Algún día lograré que les inviten a una visita a los Estados Unidos. Siempre es interesante cambiar impresiones con los policías de todo el mundo...

—Será un placer verle de nuevo, Cameron confesó el egipcio. — Es usted un gran tipo.

—Gracias, amigo —Dave suspiró—. ¿Y la señorita Sloan?

—A salvo, en la jefatura. En cuanto usted me informó de todo, antes de venir aquí, cuidé de su seguridad personal. Pero ella no ha admitido aún que sea Patricia Sloan.

—No hace falta. Yo lo sé, y eso basta.

—En cuanto Kheffa y sus amigos aparecieron en el Capri Hotel, secuestrando a la joven inglesa puesta en lugar de Patricia Sloan, seguimos cautamente a todos ellos hasta aquí. Pero no quisimos intervenir, siguiendo sus instrucciones, Cameron.

—Sí, todo se hizo bien —Dave respiró hondo—. Muy bien, amigo mío. Creo que el caso está cerrado. Y ahora sí que regreso a los Estados Unidos...

CONCLUSION

El avión se hundió en el manto de blancas, algodonosas nubes. Los motores roncaban, como una canción perezosa sobre el mar y el paisaje irreal de las nubes.

Egipto quedó atrás. Como una tierra mágica y remota, que volvía a su lugar en el tiempo y en el espacio. Dave suspiró, retrepándose en el asiento.

—Algún día volveré a, ese hermoso país —musitó—. Pero como turista...

—Yo también —sonrió Patricia Sloan, a su lado.

Dave cambió con ella una mirada. También dibujó una sonrisa en sus labios, cuando le preguntó:

—¿Tranquila ya?

—Del todo —afirmó Patricia—. Gracias a ti, Dave.

—Oh, no tuvo importancia. Al final, todo fue fácil. Terriblemente fácil.

—Y peligroso.

—La vida misma es peligro. ¿Qué sería de nosotros, si todo fuese seguro? Nos aburriríamos mucho, Pat.

—Prefiero el aburrimiento, a ciertas emociones —suspiró ella.

—No lo creo. Siempre parecías tener miedo. En realidad, representabas tu papel, ¿no es cierto?

—Sí. Pero tenía miedo —rió ella—. Eso no era fingido, Dave. Me gusta vivir.

—¿A quién no le gusta, Pat?

—Pobre tío Barnaby —movió la cabeza, abatida—. Qué forma horrible tuvo de morir. Y no pude hacer nada por él. Era demasiado tarde...

—Sí, entiendo.

—También era tarde para librar a Saddle Brand de la muerte. La pobre chica...

—No pienses, en ello. Tú no podías hacer otra cosa. De otro modo, ella igual hubiera sido asesinada. Pero antes hubieran caído sobre ti, con mayor furia que sobre Saddle Brand... Tú eras su víctima, la que estorbaba a los siniestros planes de tu tía Alma...

—Alma Sloan —se estremeció Pat—. ¿Qué le harán ahora, Dave?

—Ya puedes imaginarlo. Es culpable. Culpable de tres asesinatos, al menos.

—¡Dios mío...! —Patricia Sloan, la que hasta entonces fingiera ser Saddle Brand, tembló, bajando los ojos—. Pienso renunciar a la fortuna de tío Barnaby.

—En ti, lo creo. Pero ¿por qué, Pat? Es legítimamente tuya...

—A él le hubiera gustado ayudar al Arte en el mundo. Lo destinaré todo para ese fin. Yo soy funcionaría de las Naciones Unidas, tengo buen sueldo, unos ahorros... ¿Para qué quiero más? Me aburriría ser millonada, Dave.

—Lo creo —él sonrió—. Y me gusta que no seas la riquísima señorita Sloan desde ahora.

—¿Por qué, Dave?

—Porque podré seguir visitándote, te podré invitar a cenar un día, a bailar en algún local no demasiado costoso... si tú quieres, claro.

—Encantada, Dave —le miró largamente—. Pero he oído decir que hay cierta benita dama, Daisy...

—Oh, déjala —rió Cameron—. Ella también tiene demasiado dinero. Y demasiados caprichos. Era una buena amiga. Nada más.

—¿Y yo? ¿Seré otra buena amiga para ti, Dave?

Cameron rió.

—¿Sabes una cosa? Kheffa tuvo razón aquella noche. Un compromiso entre tú y yo, sería algo digno de celebrar alguna vez...

—Dave, tendrías que dejar el FBI. No admiten casados...

—No quiero ser el esposo del FBI, sino el tuyo, Pat querida...

—Dave... —Ella inclinó la cabeza hacia él—. Creo, que el regreso va a ser más hermoso de lo que yo creía... Pero aún hay algo que no he logrado aclarar.

—¿Qué es ello? ¿Puedo ayudarte a aclararlo?

—Eres el único que puede hacerlo, señor detective.

—Adelante, pues. ¿Cuál es el misterio?

—Éste: ¿cómo supiste que yo no era Saddie Brand, sino Patricia Sloan?

—Oh, hubo varios detalles —sonrió Dave—. A veces hablas como una muchacha culta y sensible. Otras, como una muchacha de club nocturno. Una de ambas cosas era falsa. Se trataba de saber cuál de las dos. Y lo supe.

—¿Sin dudas?

—Sin dudas.

—¿Cómo, Dave?

—Vi que llevabas luto por Barnaby. En eso, Saddie no hubiera pensado.

—¿Sólo eso?

—No —rió el agente federal, entornando los ojos—. Hubo un detalle más revelador.

—¿Cuál?

—Enrojeciste cuando te hablé de compromiso matrimonial en «El Karnak». Y volviste a enrojecer más, cuando presenciaste una exhibición de «streap-tease». Eso no era lógico en una «Streap-teaser»... pero sí en una honesta y bonita funcionaría de las Naciones Unidas, que aspira a casarse como cualquier otra chica.

—¡Oh, tonto! —rió Patricia Sloan.

Y enrojeció de nuevo, bajo sus radiantes ojos verdes.

FIN

Clark Carrados Retrato en rojo



Aparecerá la próxima semana
en esta colección

Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

ZANE GREY

Las mejores novelas del
Oeste, también apare-
cerán en la



marabú

Colección

marabú

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

343 — Corin Tellado
EL DRAMA DE MAYLEN

COLEC. "MADREPERLA"

744 — Jesús Navarro
LA GRAN MENTIRA

COLECCION "ROSAURA"

638 — Clotilde Méndez
EN LAS ALTAS CUMBRES

COLECCION "AMAPOLA"

575 — Carlos de Santander
**CUANDO EL CIELO
NOS CASTIGUE**

COLECCION "ALONDRA"

509 — María Carmen Rey
**EL FRUTO DE LA
VENGANZA**

COLECCION "CAMELIA"

450 — Celia Bravo
CHIHUILLA

COLECCION "CORAL"

139 — Corin Tellado
LA MODELO

COLECCION "CORAL"

140 — Corin Tellado
MATRIMONIO SINGULAR

COLECCION "CORAL"

244 — Corin Tellado
EN AQUEL MOMENTO

COLECCION "BISONTE"

783 — Silver Kane
LOBOS SOBRE MEJICO

Col. "SERVICIO SECRETO"

653 — Clark Carrados
LANZADOS AL INFIERNO

COLECCION "BUFALO"

456 — Tex Taylor
EL MALDITO YANQUI

COLECCION "TEXAS"

354 — M. Lafuente Estefanía
BILL, EL RAPIDO

COLECCION "CALIFORNIA"

332 — Keith Luger
**MISION PARA
DOS SUICIDAS**

COLECCION "COLORADO"

275 — Orland Garr
UN PASO HACIA LA FOSA

COLECCION "KANSAS"

244 — M. Lafuente Estefanía
TRAGICA HIPOTECA

Col. "HEROES DEL OESTE"

226 — M. Lafuente Estefanía
"GELIDO ROB"

COL. "ASES DEL OESTE"

196 — Raf. Segram
EL INCORREGIBLE

COLEC. "BRAVO OESTE"

103 — M. Lafuente Estefanía
ERA UN VALIENTE

COLEC. "PUNTO ROJO"

42 — Donald Curtis
CLAVE: OJOS VERDES

COL. "SELECCION S. S."

20 — Mark Halloran
MI PRESABE NENA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 345 - Buenos Aires



Jean Gabin

Uno de los actores más representativos del cine francés. Ha interpretado un largo número de películas a través de su brillante carrera. "El Presidente" y "El barón y su yate" son sus últimos títulos.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. + Impreso en España - Printed in Spain